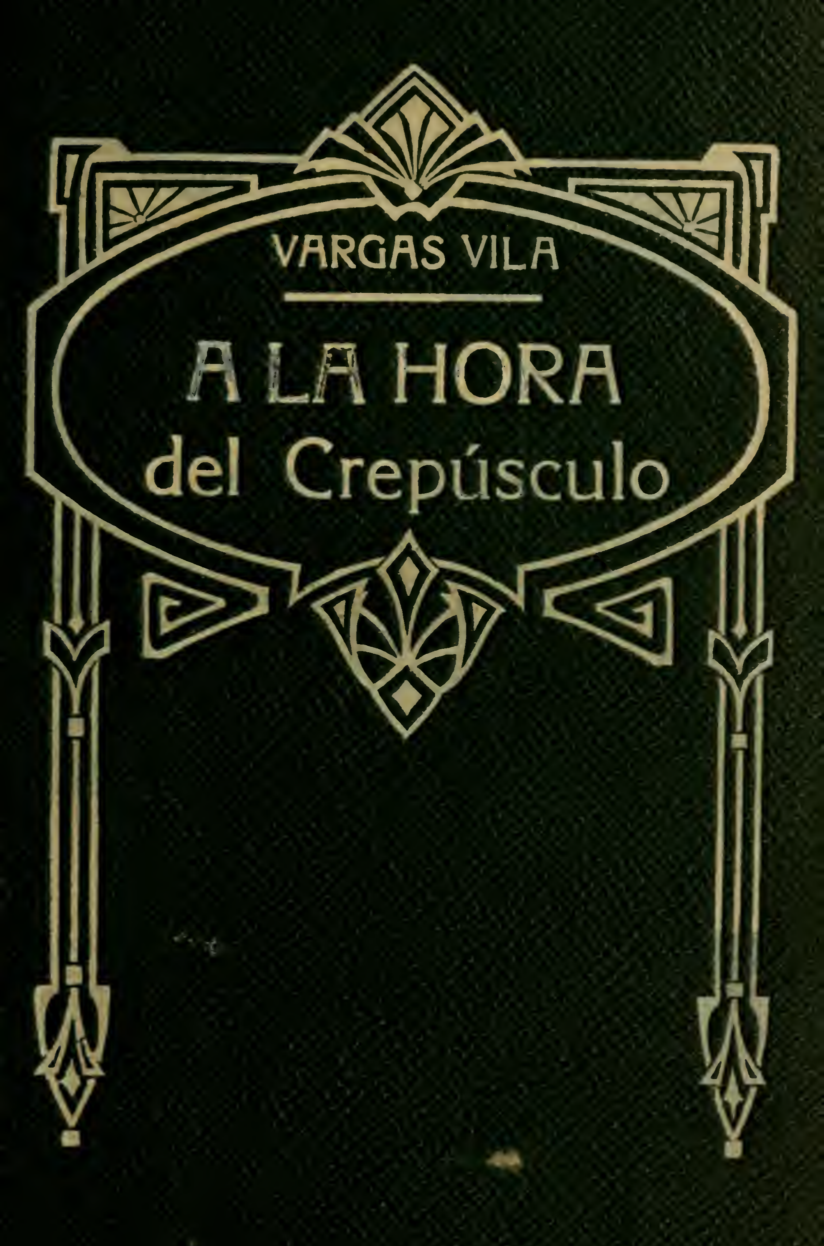

VARGAS VILA
A LA HORA
del Crepúsculo



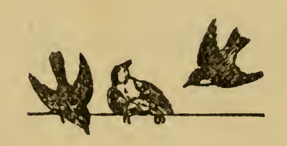


A LA HORA DEL CREPÚSCULO

A LA HORA DEL CREPÚSCULO

POR

VARGAS VILA



CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA



Felipe Trigo

Felipe Trigo, ha muerto;

con una grandeza de alma, que nadie habría sospechado en el Fauno lírico, se ha hecho saltar el cerebro con una bala;

¿había pues, el alma de un Estoico, en aquel narrador de perversidades femeninas, pintor de almas complicadas y, sutiles, envueltas en el manto tenebroso de la Histeria?

¿tenía el alma, tan noblemente trágica, aquel hacedor de Tanagras, delicados, cuerpos de hembras, sacudidos por los espasmos del Vicio?

sí; la tenía;

su fin heroico, lo ha demostrado aún a los espíritus más prevenidos contra él;

y, allá está su cadáver, aún insepulto, entre los rosales de los jardines de su Hotel, rodeado de su familia desolada, en espera de la hora de ser sepultado en el Cementerio campestre donde ha de reposar para siempre;

en tanto, como avispas, venenosas o inofensivas, circulan los comentarios, sobre las causas de su muerte;

«víctima de la Neurastenia»;

dicen unos;

«víctima de la Guerra»;

dicen otros;

«fué una crisis de nervios, la que puso el revólver en sus manos»;

se dice allí;

«fué la crisis del libro, la que lo mató»;

se dice más allá;

¿en dónde hallar la Verdad?

la Muerte, es muda...

. . . .

¿Felipe Trigo, que había probado la peligrosa ventura del lujo, pagado con el valor de sus libros, ha retrocedido ante la perspectiva de entrar de nuevo en la pobreza, de la cual se creía salido para siempre, y, ha resuelto morir sobre los restos de una fortuna desvanecida, entre los jardines de su Hotel lujoso, en cuyo *garage*, su es-

pléndido automóvil, estaba listo para todos los viajes, menos para este de la Eternidad?

¿se ha dado la muerte para no sentirse morir lentamente, en la invasión progresiva de la enfermedad que avanzaba en su cerebro como una trágica noche?...

no nos importa el secreto de ese muerto;

toda hipótesis, es un ultraje a aquella Voluntad Inquebrantable, que se mostró más fuerte que la Vida, violando el seno mismo de la Muerte;

murió, porque quiso morir;

impuso su Voluntad a la Fatalidad;

fué, un Vencedor;

se alzó más alto que su Verdugo—Ruina o Enfermedad—y, lo venció...

noble gesto;

gesto heroico...

rebelarse contra el Dolor, y decir al *Destino*, cualquiera que sea el nombre que a éste se le dé:

«yo marco un límite a tu Poder;

tú, no podrás herirme más;

yo, no soy más tu esclavo;

me liberto de tí.

¡Amo odioso, Amo cruel!...

infeliz de tí, que no puedes morir...

tú no serás nunca libre.»

. . . .

libertarse así por su propia mano, de las garras del *Destino*, es decir, de las garras del Dolor;

¿podrá haber más bello gesto, en las manos de un Hombre Libre?...

¡benditas manos, aquellas manos que lo hicieron!...

yo, beso a distancia, esas manos inertes, manos de Héroe, cruzadas sobre el corazón que ya no late...

manos vencedoras del Dolor, y de los dioses, dejad que os besen a distancia, los tristes vencidos de la Vida, los esclavos de ella, que aún no hemos tenido el valor, de tomar por las crinejas, el corcel desbocado de la Muerte, y, escapar jinetes en él, a las garras despiadadas del Destino:

gloriosas manos exánimes;

manos que habéis degollado la Divina Quimera, matando vuestro Dolor;

¡benditas manos!

¡oh! gran muerto, dormido entre rosales!...

yo, os envío desde mi Soledad, las rosas de mi Admiración, por vuestro gesto;

y, ante él, siento nacer en mi corazón, unas rosas que yo, no conocía: las rosas de la Envidia;

las pálidas rosas, atormentadoras, y envenenadas;

sí; yo envidio la grandeza, y el valor de vuestro último gesto;

no envidio nada en vuestra Vida, pero, envidio vuestra Muerte;

por ella, nos superásteis a todos;

y, os alzasteis Vencedor, sobre este triste mundo de vencidos.

¡Salve Triunfador!

vuestra Gloria, avergüenza nuestra Cobardía;

yo, enrojezco ante la palidez de vuestro cadáver insepulto.

* * *

Hoy, han sepultado a Felipe Trigo, en el Cementerio campestre de Canillejas;

un reducido número de amigos, seguían los restos del novelista fastuoso, a quien una nube de parásitos seguían ayer por todas partes, y, una corte de admiradores circundaba, en los tés, elegantes que ofrecía en su Hotel de la Ciudad Lineal;

es el privilegio de la Muerte, desvanecer todas las mentiras;

sólo la Mentira del Amor, florece unos días sobre las tumbas, en las flores anémicas del Recuerdo;

después... éstas se secan, se deshojan; el viento de la Indiferencia, lleva lejos los pé-

talos marchitos, y sin perfumes, y el jaramago del Olvido, se extiende sobre la tumba abandonada;

¡centinela silencioso del festín de los gusanos!...

yo, no fuí de los amigos personales de Felipe Trigo;

hace más de diez años—cuando aún no había triunfado—me lo presentó ocasionalmente, Francisco Villaespesa;

conversamos amigablemente, y nos separamos luego;

me envió sus libros;

después, lo perdí de vista;

no volví a verle nunca;

envuelto en mi impenetrable Soledad, oí con placer el eco de sus triunfos, que me llegaba a París, a Roma, a los lugares don-

de he peregrinado, y he vivido en estos últimos años;

lo saludé como a Vencedor, desde el fondo de mi retiro, lleno de un placer enorme, porque los triunfos del Talento, son los únicos triunfos que yo aplaudo;

los únicos que tienen el privilegio de regocijar mi corazón;

y, eso, porque el triunfo de un talento, es el triunfo *del Talento,* y, sólo aquellos que no tienen ninguno, pueden entristecerse de esos triunfos;

el honor de un legionario, es el honor de la Legión;

leí a intervalos algunas de sus novelas;

el encanto morboso que se escapa de ellas, no alcanzaba a seducirme: les faltaba la gracia y la belleza del Estilo;

el Estilo, es el talismán de la Seducción, y, el exorcismo que purifica todos los ambientes, aún los más cargados del relente de la Bestialidad;

y, Trigo, no era un Artista, en el Estilo;

estaba muy lejos de eso;

yo, no perdono ese defecto, sino a los filósofos; y la Filosofía incipiente de Trigo, no era bastante a desarmar mi displicencia por la falta de belleza artística en sus libros;

y, acaso de ese defecto nacía su máxima cualidad;

la de tener, como los grandes y muy raros escritores, un estilo *propio*, un estilo *personal* exclusivamente *suyo*;

abrupto, violento, guijarroso, de difícil dominio, pero suyo, exclusivamente *suyo*;

él había forjado el instrumento para su labor; ese cincel tubalcainesco, con el cual cincelaba sus creaciones extrañas, monstruosas, como hechas en una roca virgen, pero de una Vida Interior, relampagueante;

él, rompió todas las reglas del bizantinismo tradicional, y, del euniquismo oficial, de los guardas jurados de la lengua, de los carabineros del idioma, avizores en la frontera, para la caza inocente de vocablos extranjeros; él, no tuvo en cuenta esta cándida neurosis, de los ingenios apolillados, que guardan el serrallo de las palabras, en el inofensivo Haren, de una Academia;

sin una lengua libre, no puede haber, un pensamiento libre;

y, él, escribió con verbo libre, sus libros, tan libres como su Verbo.

Felipe Trigo, perteneció a ese número escasísimo de escritores destinados a abrir surcos nuevos, en terrenos nuevos de una zona literaria;

su literatura, como su estilo, como sus métodos noveladores, eran personales y peculiares suyos;

por eso es un aislado;

no colinda con antecesor, ni sucesor ninguno;

es una excepción, grandiosa y, solitaria;

la literatura de Trigo, es una literatura clínica, que merece y ocupa un lugar aparte, en la Literatura Española;

no fué una literatura de liberación espiritual, con tendencias a un Idealismo fecundo, o a un ensueño ennoblecedor, y visionario;

no; fué una literatura de reflexión experimental, de emoción sensual, cuya repercusión nerviosa, no sube más allá de la cintura, y, llega penosamente al corazón;

las vagas y raras apariciones de la Poesía en esos libros, hacen el triste efecto, de una rosa, en un dormitorio de Hospital, o sobre una mesa de operaciones quirúrgicas, cerca a un cadáver despedazado;

esa literatura, a base patológica, no se ejerció, sino en un solo radio de acción: los nervios de las mujeres;

era un admirable neurólogo, ese novelista;

él, sabía que la mujer tenía el alma en el Sexo, y, pintaba a maravilla, las luchas del Alma de la Mujer;

por eso fué, el autor preferido de ella.

Felipe Trigo, no fué como otros novelistas un Poeta;

ni sensitivo a lo Daudet;

ni brutalista a lo Zola;

ni un pintor de frescos oscagnanos, a lo Balzac;

él, no fué, y no se conservó, en toda su Obra, sino: un Médico;

eso, por no especializar, diciendo: un Alienista;

el Médico, no murió nunca en él;

cada una de las protagonistas de sus libros, fué un caso clínico;

¿por qué esos libros, que debieron ser de aridez científica, no carecieron de encanto y seducción?

porque la Belleza y, la Poesía de Trigo,

no venía de él, ni de su estilo, sino del objeto que trataba: la Mujer;

y, la Mujer, es siempre la Belleza, y es y será siempre la Poesía;

si las heroínas de los libros de Trigo, no guardan las actitudes clásicas de vírgenes en éxtasis, esperando el pincel de Fra-Angélico, para ser inmortalizadas por él, eso no disminuye su belleza, sino que la completa enormemente;

es a causa de ser tan humanas, que son tan bellas, esas creaciones;

esas almas tan insolentemente desnudas, son tan adorables como un grupo de bellos cuerpos desnudos;

y, a pesar de esas desnudeces, y de esas crudezas, Felipe Trigo, no fué nunca un Pornógrafo, como se empeñan en decirlo,

los que quieren aminorar la grandeza de su obra;

fué un realista;

un enorme y, opulento Escritor realista, en cuyas novelas, la ciencia experimental, vendrán mañana, muchos novelistas a inspirarse;

las obras de Trigo, vivirán más que las de muchos otros, porque él, fué, el pintor exquisito de almas femeninas;

y, el *eterno femenino,* ha de darle algo de su Eternidad;

la piara de los moralistas profesionales, gruñe contra las obras de Trigo, y, con los ojos turbios, por el contacto del lodo nauseabundo, en que contempla el cielo, fingen no ver la grandeza esencial, de esas obras, que no son obras de Vicio, sino de Enfermedad;

los escritores regresivos o retardatarios, que se empeñan torpemente, en hacer entrar la Etica, en los dominios de la Estética, quieren herir con el hacha de silex de su arte primitivo, los libros de este novelista, que si por otros conceptos, no fué un gran artista, sí tuvo del artista verdadero, el amor a la libertad artística, y, el desprecio muy sincero del tradicionalismo enfermizo y, de las morales inmundas, nacidas del vientre canceroso de las religiones.

Felipe Trigo, no fué en sus Obras, moral, ni inmoral;

fué simplemente *amoral;*

como es el Arte;

como debe ser todo artista;

el deber del artista, no es practicar, ni violar la Moral, en su Obra, es: ignorarla;

y, Felipe Trigo, la ignoró;

por ese amoralismo, su Arte es tan fuerte, y tan viril;

tuvo de artista eso, y, el *tormento del vocablo,* que lo obsesionaba como a Gustave Flaubert;

no era un escritor espontáneo, y, el trabajo de la frase lo torturaba como un dolor;

esa fué la fuente oculta de su neurastenia;

fué sobre ese yunque que se fatigó hasta el agotamiento...

el subjetivismo estuvo ausente de la Obra de Felipe Trigo;

fué un escritor eminentemente objetivo;

nada tan distinto de su Vida como su Obra;

pintor de perversidades, él no fué un perverso;

narrador de corrupciones, él, no fué un corrompido;

su Vida, tuvo la pureza que a su Obra le faltaba;

modeló en fango sus creaciones, pero sus manos sacudían el fango, después del modelaje;

cirujano, abría las carnes y mostraba la lepra oculta, pero no la llevaba en su cuerpo;

nada tan objetivo como el Arte de este Escultor del Vicio;

impersonal, como un bisturí;

obra de un clínico, especialista en enfermedades nerviosas de las mujeres;

un neurólogo, elegante, que contaba con

indiscreción, las enfermedades de sus clientes;

el Histerismo, tuvo en él, su Médico y su Profeta:

fué un Sumo Sacerdote de la Histeria;

y, lo fué con elegancia, y con refinamiento;

entra en la Historia, por las puertas de la Histeria; este fué su dominio;

el perfume que se escapa de su obra, no es un perfume de incienso;

pero, es aquel perfume enervante, que escapado de las selvas del Paraíso, embriaga al mundo, desde los primeros días de la Creación;

odore di Fémina:

con ese olor en las manos, no se entra en la Academia;

morirían los falsos inmortales, de una congestión senil;

pero, sí entra en la Gloria, donde los verdaderos inmortales, aman ese perfume, que muchos de ellos, bajaron en las alas de la Fábula, a buscar sobre la Tierra;

la gloria purifica, las manos que toca con sus rayos;

y, la Gloria, ha besado ya las manos de Felipe Trigo, que yacen inmóviles, sobre su corazón inmaculado.

* * *

El Silencio, se hace;

la emoción decrece;

la Gran Trajedia, entra en la banalidad;

¿es que el olvido, va a devorarlo todo?

no.

Felipe Trigo, ha entrado en su tumba;

pero, no ha muerto;

vive en su Obra;

como todos aquellos que crearon para el Arte;

¡bendito aquel que crea, por la Palabra!

ese no morirá, vivirá en su Creación, y por su Creación;

vivirá lo que los siglos;

el esplendor de la Palabra, como el esplendor de la luz, no conoce la Muerte;

la Palabra y la Luz, esas fuerzas vivas de lo visible y de lo invisible, pueden entrar en el Silencio, y en la Tiniebla, pero, no entran nunca en la Muerte:

el Silencio y las Tnieblas, no son sino el limbo necesario a su esplendor;

no pueden nada contra la Palabra, y contra la Luz;

no pueden sino escoltarlas, en su marcha

armoniosa y rutilante, como una marcha de estrellas;

aquel que crea por la Palabra, crea la Inmortalidad;

«sea la Luz.»

dijo el Dios del Génesis; y, la Luz fué;

la Palabra precedió a la Luz, en los labios de la Leyenda;

la palabra es el corazón de la Eternidad;

por eso, aquel que crea por la Palabra, ese será eterno;

el ritmo de la Eternidad, vibra en toda Palabra de Arte;

y, la Palabra, sobrevive al Hombre;

el Hombre pasa;

su Palabra queda;

la Palabra, inmortaliza a aquel que la creó;

por haberle dado la Vida, ella lo libra de la Muerte;

cuando calla el Creador, habla su Creación;

sobre los labios cerrados, la Palabra vive;

mudo el Hombre, la Obra, principia a hablar para los siglos;

toda Obra de Arte, es un Himno de Magnificación, a aquel que la creó;

los labios de la Eternidad, no dejarán nunca de pronunciar su nombre;

todo Escritor, es un Revelador;

la Palabra, revela el Pensamiento;

como la Luz, revela el Sol;

sin el Sol, morirá la Tierra;

sin la Palabra, ¿qué sería del Pensamiento del Hombre?

la Palabra revela el Mundo Interior, al Mundo Exterior;

y, los dos se completan y, glorifican, en la Obra del Escritor;

por eso la Obra de un Gran Escritor, que es siempre un Gran Creador, tiene los esplendores de todas las auroras, y, no teme la amenaza de ningún crepúsculo;

la abyección del momento, puede permitir al Silencio, envolver el nombre de un Gran Escritor, pero, no lo permite devorarlo;

en el Silencio momentáneo, la Gloria del Escritor vive, como la gloria del Sol, en el corazón tenebroso de la Noche;

en espera de la Aurora;

cuando un gran Escritor, cae en el sepulcro, la Muerte devora a un Hombre, pero, no devora un Nombre;

el Nombre vive, sobre el Hombre muerto;

el Nombre, es el Hombre que marcha en la Inmortalidad;

así, el Nombre y la Obra de Felipe Trigo...

¡salve al Vencedor!



Francisco Villaespesa

Lo que es a la prosa de la España actual, ese Mago del Verbo, admirable e inimitable, que es *Valle-Inclán*, lo es al Verso, este extraño y sugestivo Poeta, que es: *Francisco Villaespesa;*

espíritu significativo de la Raza, en el cual se hallan, mejor que en otro alguno, los vestigios y el determinismo de las épocas pasadas, pero, no estancados y, desde-

ñosos, como en los viejos clásicos, sino movimentados, actualizados, en un vuelo atrevido para evadirse del sueño ancestral, e impregnados siempre, de un orientalismo morboso, lleno de perfumes de Haren, y, del aroma penetrante de las rosas del Generalife;

pensamiento indiferente, si no hostil, a las influencias de afuera, y siempre soñador, como un joven kaid, a la sombra de un rosal;

la Musa de Villaespesa, no tiene peplum, como la de los jóvenes poetas seudo-helenos, sino blancos velos de Sultana, que ocultan, apenas a medias los ojos tentadores de la hurí;

su Poesía, es revelatriz de un estado de alma soñador y plácido, con murmurios de

un surtidor en un patio árabe, y un meditativo claro-obscuro de ajimez;

la Musa de Villaespesa, es así, oriental y clásica, con la plástica admirable, de un espíritu, móvil hasta lo infinito;

Villaespesa, no es un Poeta, orquestral y huracánico a lo Hugo;

su Arte, aunque polifono y, rico hasta la prodigalidad, lo es en colores y, matices suaves, no en grandes ritmos timbálicos y asordadores;

su caudal musical no es de Wagner, es, de Verdi;

el tecnicismo de su música verbal, exquisito y profundo, lleno de intensidades sonoras y apasionadas, lo hace un Mágico de la Sintáxis, y un Evocador de la Sensibilidad, que nos hace sentir por igual,

la emoción artística de sus rimas y, la emoción sensual de sus pasiones;

porque es Villaespesa, un emotivo exquisito e intencionado, lleno de esa devorante sinceridad, que hace a los grandes artistas, mostrarse espiritualmente desnudos, a la sola luz ritual de su Pensamiento;

no que Villaespesa, sea un vesánico, de esos atacados de psicopatía sexual, que nos dan en el desnudo de sus creaciones, el olor y, el horror, de la carne en orgasmo;

no;

la Sensualidad en Villaespesa, no viene de la expresión acre y brutal de la Palabra, es una rara y exquisita Voluptuosidad, que se escapa, más de la música de la estrofa, que del pensamiento del verso, lleno de una arcaica y delicada preciosidad;

arcaica, más que clásica, se diría la Musa de Villaespesa, porque ella representa, como la prosa de Valle-Inclán, un regreso consciente y sabio, hacia las fuentes luminosas y sonoras, de la vieja Poesía Española, pero, no para imitarla servilmente, como los poetas y escritores sin genio, sino para rejuvenecerla y modernizarla, con los elementos líricos y los ritmos nuevos, que el andar de los tiempos, y el contacto de extranjeras literaturas, ha traído como sano caudal, a la antigua métrica castellana, y, de cuya alianza sutil, viénele un nuevo esplendor, y, una extraordinaria potencia de color y de sonoridad;

porque eso, y, no otra cosa, ha sido el Modernismo, entre nosotros, iberos e ibero-americanos, un suave y disimulado regreso a

las formas de Verso, de la ya olvidada Métrica del Siglo de Oro;

regreso espontáneo y, por imposición de imperiosas evocaciones étnicas en algunos, muy pocos, como en Villaespesa; e inconsciente y, mezclada de fiebre gálica, con mucho de mistificación, en otros;

en el dominio de muchas de esas rimas de Villaespesa, ¿no os parece hallar mucho del preciosismo añejo de Juan y Jorge Manrique, de Juan de Encina, o Padilla el Cartujano?

vagas, muy vagas reminiscencias, pero ciertas, son;

y el manejo del endecasílabo, ese metro, todo de gracia y armonía, metro italiano, traído a España, como una cautiva galera de Venecia, por ese Caballero de la Rima,

que fué, Andrea Novagiera, y, aceptado el primero, por Boscan Almogaver; no halláis en Villaespesa, el acierto, la gracia y la soltura, con que lo manejaron aquellos grandes petrarquistas, que fueron, Hurtado de Mendoza, Acuña y Cetina?...

y, el *habitarunt di quoque silvas*, el sabor de la Egloga, de que habla Virgilio, ¿no lo sentís, con un olor de miel, en todos los versos de Villaespesa, en que evoca el campo y sus paisajes, con tal pureza de contornos, y tal idealismo geórgico, que recuerdan los de aquel gran guerrero, que era sin embargo, como un pastor de Tíbulo, y, que se llamó: Garcilaso?...

leyendo nuestros más amanerados modernistas, ¿no se os vienen a la mente, muchos cantares de viejos maestros, desde Cetina

a Hurtado de Mendoza, de Garcilaso y, Villalobos, a Juan de Mena, y Santa Teresa, pasando por el *divino* Herrera, aquel que *fablaba perlas?*;

la ciencia del efecto, la severa plenitud del vocablo rítmico, pocos como Villaespesa la poseen, de tal modo, que se diría que en él, una música verbal, preside la armonía de las rimas, y la virtuosidad sabia del vocablo;

los ritmos habituales, que en ciertos poetas preciosistas, sirven como recurso a una técnica pobre, adquieren en Villaespesa, una elegancia personal tan rara, que se dirían nuevos, tal es, la fluidez, la sobriedad, el alto sentido artístico, con que los maneja;

la crítica, incomprensiva de sí, no ha querido ver en Villaespesa el Poeta Signifi-

cativo que es, como no ha querido ver la trascendencia de otros poetas, que han sido una fuerza nueva, y, han hecho cambiar de rumbo el pensamiento poético de España, grupos de rimadores, que aun siendo revolucionarios, se empeñan en permanecer clásicos, con un clasicismo del Siglo de Oro, del cual son, un rosal en retoño;

la España, que hace algunos años, no tenía nada digno de atención, que ofrecer al pensamiento inquieto de América, tiene hoy un grupo de poetas excelsos, que con las prosas de Valle-Inclán, pueden reconquistar la admiración americana, y son dignos de ella;

entre tanto van los múltiples libros de Villaespesa, a encantar las mentes jóvenes, con la fascinación irresistible de sus triste-

zas, y, el perfume de perfección que se escapa de sus rimas, como de un jardín oculto en el cual cantara un pájaro invisible, la orquestación de sus poemas musicales, llenos de coloración y de armonía, cerca a las zarzas en flor de los cármenes de Granada;

allá hay un grupo de almas, llenas de sensibilidad meridional, y de cultura estética bastante para comprender y admirar, estas misteriosas canciones, que subiendo de las profundidades aisladas, del corazón de un Poeta, van a perfumar el Nuevo Mundo, con el olor de la vieja encina lírica, la vieja encina española, súbitamente reflorecida y llena de jilgueros;

que cantan la vieja canción, en ritmos nuevos.



M. Pimentel Coronel

Murió el extraño Poeta, maravillado y, maravilloso;

¡murió!;

y, el plegamiento de las alas enormes de su Musa, hace un criptogramo de oro, en el cristal misterioso del Silencio estupefacto;

y, las acres hojas del laurel cantan sobre su tumba;

la canción alacorde;

y, flores de Gloria crecen;

en plenitud;

hay sonoridades en el laurel pensante...

sonoridades de las auroras inmortales y los ponientes gloriosos;

todo laurel es un grito; en la gran noche calmada grita: Inmortalidad;

en la ribera del río fugitivo del tiempo todo laurel dice: Eterno;

. . . .

en la linde de los bosques misteriosos de la Muerte; canta el laurel;

implacable en el duelo de la Gloria, que hace temblar el aire lleno de gritos perpétuos y de palabras de otras veces:... Canta;

el laurel que inmortaliza, sinfoniza.

Eternidad, Sonoridad, ramas líricas del laurel son;

toda laurel es, una lira;

suena en la Noche Milenaria, sobre las tumbas sagradas;

y, los poetas muertos, la escuchan en el fondo de sus tumbas, con un gesto asombrado de pájaros que miran nacer el Sol.

. . . .

El Poeta, es el Verbo de la Belleza;

y toda la belleza del Verbo, vibra en su Ritmo Inmortal;

el Poeta, es, aquel que nombra, lo Inconocido;

y lo produce;

con el gesto generador de la primera caricia del Verbo, sobre los mundos dormidos;

el primer día del Génesis;

el Poeta es aquel que articula lo divino;

divino es, él;

el Poeta, es, la Voz de la Eternidad, dándosela a las cosas frágiles de la Vida;

por él, viven;

por él, cantan;

la submersión de un Gran Poeta, en la Sombra Eterna, es un hundimiento de astros en la Tiniebla Inagotable;

un Poeta muerto, es una página de luz, arrancada brutalmente, al libro de la Vida;

es una desheredación de la Humanidad, privada así, de una gran fuente de revelaciones;

la Inteligencia Universal, gime, cuando el Genio muere;

. . . .

un soplo exuberante de tristeza, pasa hoy, por sobre las almas enamoradas del Eterno Ritmo, y del Misterio Eterno, pertinazmente vueltas hacia el Divino Ideal, que duerme en el fondo de los corazones;

un Gran Poeta, ha muerto.

Manuel Pimentel Coronel;

apolonida sublime;

apolonida completo;

era una alma musical;

crepuscular; sinfónica;

divina fuente de Idealidad;

alma de Misterio y, Oblación;

como una flor abierta hacia el inmutable azul;

así su alma hacia la Inmortal Belleza;

apasionadamente iba;

un motivo musical fué su alma;

sinfónica y polifónica;

un gran vuelo, en gamas lentas de supremas melodías;

de oro y púrpura eran hechas las alas hiperfísicas, de aquel pájaro sonoro, que escaló los altos cielos de la Gloria, con su vuelo estrepitoso, todo fuerza y armonía, todo encanto y todo luz;

la virtud apolínea de la Melodía, reinaba en su espíritu y vibraba en las sondas de sus sueños, reveladores e inmateriales; divinamente, como un vuelo de abejas, tras el manto sutil de los follajes;

de ritmos y de fascinaciones, era hecha su alma;

su alma lírica donde cantaba el Ensueño,

en perpetua comunión, con las sombras inmortales, en perpetua evocación...

su alma, hundida ahora, tras el gran nimbo de argento pálido que domina y devora los horizontes de la Muerte;

su alma, expuesta ya, a las gritantes ráfagas del mar que se oculta a la sombra del Poniente, más allá de los soles frágiles de la Vida;

en la pradera de las floraciones negras, donde inmóviles, los pájaros del Silencio, dibujan sus siluetas astrales;

su alma que era un pájaro armónico;

una cadencia lírica;

una sinfonía en el divino azul...

. . . .

... Pasó el Poeta;

y, pasó el camino de la Vida, mirando en los estanques inertes del Enojo, el rostro misterioso de lo Desconocido;

y, nos dijo el trágico esplendor de sus visiones;

como un divino Aëda, que relatara fábulas trágicas, de un Olimpo lejano, donde agonizara de hastío, un joven dios;

sintió el Dolor; el acre y alto Dolor, que pone el alma humana, desnuda y temblando, ante ese enigma tenebroso y fatal: el Absoluto;

y, nos reveló, en el incendio portentoso de su ideología lírica los secretos de ese Dolor, las maceraciones y, las agonías magnificentes, de las almas que mueren bajo él;

amó la Belleza con un culto extraño y fanático;

y ciego adorador de ella, en palabras misteriosas e inesperadas—tal un órgano en la noche, entre rosales en flor—nos dijo del Deseo de la Belleza, con el desplegamiento majestuoso de su Verbo, la fraseología voluptuosa de un gran Poeta, y, su Metafísica, grandiosa como el murmullo del mar cerca a una selva nocturna;

las resonancias graves de su espíritu, los tumultos de su corazón, apasionado, y sonoro como un caudal de río; sus emociones de Infinito, desconcertantes y, lacerantes, como una herida en las tinieblas; sus altos sueños de brumosa Ideología intensa; sus simbolismos difusos, luminosos y, lejanos, dichos nos fueron en las sutilidades exquisitas de su estilo, la suntuosidad de sus rimas policrómicas, y, el bello len-

guaje de sus visiones claras y sonoras;

obsesionado y penetrado de las formas vagas de la Vida; filtro de encantamientos fué su Verbo;

magnificente fué, como un castillo de oro, levantado en el topacio de una montaña virgen;

la música de la Palabra, cantó entre los muros de aquel Templo de Idealidad, himnos de un Himnario de Desolación.

Obra de Orfebre hizo, mas no de bizantinismo arcáico, que la técnica verbal en manos suyas, fué cálido metal y cristal dócil, para la laboración de las ánforas y vasos en que vació su Pensamiento;

y, construir supo el Verso, transparente, sólido, y dúctil, en un milagro de galvanoplastia vitrescente;

la Palabra, tuvo en la estructura rítmica de sus estrofas, todo el valor de su sentido intenso, y, el soberano poder de su energía significativa;

no puso el vino efervescente de su inspiración, en las vasijas arcáicas que la vieja coroplastia académica, vende como modelos;

no estaba bien, el jugo abundoso y nutriscente de aquella vid de gloria, en esos envasajes decrépitos, caídos en desmedramiento y desuetud;

de esta fiebre de exhumación de metros resucitados como nuevos, no tuvo el contagio;

todo vértigo, es debilidad;

él, no se inclinó del lado de ninguna escuela literaria, ahora que todos sienten la necesidad de apriscarse en alguna;

permaneció erecto en medio de ellas;

quedó, personal;

única manera de ser, original;

sectarismos escolares, no encadenaron su Musa;

libre fué, como una águila;

sobre la melena hirsuta de su alta lírica verbal, ninguna escuela poética enredó la mano para alisarla y domeñarla;

ninguna secta lo encadenó;

y,—cosa rara en estos tiempos de triste pecorismo intelectual—fué un Poeta, sin collar;

y, porque no fué un versificador, sino, un Poeta;

porque desdeñó ser pastor de vocablos, para ser conquistador de rimas y de músicas;

porque no se ocupó en tejer con los mimbres de la Dialéctica, canastillas de embeleso, sino que se produjo en una primavera de rosas, de las cuales, cada una de ellas, tiene como perfume, el sentido hermenéutico, peculiar al Símbolo;

porque a la esencia, y, no a la forma, del Verso, dió su Vida;

por eso su lenguaje, guarda una serena independencia, una altanera soledad, desde la cual se vierte su alma, en hidromiel de ritmos sobre moldes de personal laboración, que él forjaba en el Silencio, con la delicia ascética de un monje artista, que fuese un divino orfebre;

vasos de Etruria y dijes cincocentistas, se dirían ciertos versos suyos, tales son de tersos, artísticos y claros, como ópalos iri-

descentes; como un fresco de Ghirlandajo, grabado por el buril de Benvenuto, en el broche de oro de una capa pluvial;

de leones es abrir trocha en la maleza, de carneros, el irse en manada a la sombra de un cayado;

y, Pimentel Coronel, ni moldes nuevos, ni viejos moldes imitó;

ni tuvo jefes literarios, ni se alineó en fila ante ellos;

ni ofició en altares de ídolos bajo el ritualismo grotesco de las liturgias impuestas;

ni se inclinó en gesto de adoración, como el cañaveral pensante, de los cenáculos de ogaño;

fué, solo, y, libre;

y, como libre, grande;

su Poesía, es raudal sonoro y agitado;

ni reproduce extrañas riberas, ni reproduce ecos extraños;

vibra, él, solo;

canta, él, solo;

corre, él, solo;

autóctono en la llanura;

ninguna secta literaria, puede enorgullecerse de él, sino la secta cada día más reducida, del buen gusto;

ninguna academia, lo contó entre sus icoglanes venerables, ginecólogos de la frase, rumiantes inofensivos de las cosas del pasado;

no cultivó esa poesía académica y universitaria, ciencia fofa y retrospectiva, pedagogia rimada, encanto de profesores abstemios de talento, pradera anacrónica, en que pastan sin enojo, los camellos verbilíricos

de la mediocridad, y, se oye el relincho agudo de las yeguadas académicas, en espera del Pegaso;

el clasicismo, es la epizootia de las bestias inútiles.

Pimentel Coronel, fué un Poeta, no fué un clásico;

vivió de la Inspiración; no de la Tradición;

conociéndola, no amaba el alma medioeval, el alma clásica;

no la evocaba en sus cantos;

no tuvo el placer idiota de imitarla;

no dejó que aquella poesía arcáica, regara sus linfas muertas, sobre el prado ardiente y voraz de sus creaciones, donde se abrían, las grandes flores, laminarias y rojas de su Genio.

. . . .

. . . .

El Amor, la Libertad, y la Belleza, tales fueron los dioses de la Visión vitrisibilar que columbró su Espíritu;

fueron sus únicas antorchas, en aquella lampadedromia hacia el Ideal, que fué, su, Vida;

humanista e impresionista;

a la vez, gozoso y grave;

en sus versos hay energías altaneras de apóstol, voluptuosidades melancólicas de soñador, sensibilidades indefinidas de artista, y, el grito bélico y lírico de una Musa, tan enamorada del Sueño, como de la acción, del combate, como de la Meditación, de la Tristeza como de la Belleza.

Medusaria.

Revolucionaria;

como en la quietud de una agua pura el esplendor de un sol convulsionario, tal así en sus rimas tersas, surge el pensamiento atrevido y fulge la metáfora, de asalto y de revuelta;

los sueños de su Vida Interior, cantados en horas de naufragio, tienen el encanto soberano de una música verbal, rítmica y suave, como un descenso de olas en un estriario crepuscular, y, una sombría elegancia, llena de coloraciones tristes, como una caída de sol, vista en los valles de Umbría sobre terrazas gloriosas;

y, como «el sueño lleva al Poeta, hacia los hombres sus hermanos», la Musa de Pimentel, baja a la liza, y, combate sin

cólera, entre los clamores bestiales de los hombres;

y, sirve altamente a la Ley de Humanidad;

la secreta melancolía de su espíritu se esparce sobre esas luchas, como una lluvia de rosas, sobre la frágil gloria de una tarde;

les femmes et l'amour l'enivrent de sanglots;

la Musa de Pimentel, está llena de esos sollozos; que palpitan en sus versos, con un ritmo grave de intensidad baudelariana;

ningún odio ascético, ni bíblico al Amor ni a la Belleza, antes bien, un himno policromo y vibrante, de deseos al cuerpo de la Mujer, al perfume de su carne, al beso dado sobre sus senos erectos, y, sobre sus labios rojos;

mézclase la Voluptuosidad a la Medita-

ción en la armoniosa simplicidad de esas rimas, profundas y sonoras, como una mar en calma;

quien dice Amor, dice Abismo;

y algo del horror de haberlos contemplado hay en los versos de este Poeta;

las sutiles ficciones de su Poética, desarrolladas en paisajes violentos y tiernos de una intensa melancolía, hacen replegarse el alma apaciguada, en limbos de absoluto, acre y cruel, tanto es el sentimiento penetrante, del alto, inhumano dolor que las impregna;

tales de sus versos, están saturados de un lejano perfume adolescente, cuyo divino candor, nos hace columbrar la suavidad idílica de las campiñas en que fueron escritas, a la hora de la agonía crepuscular,

en el violeta denso de los campos, que se dormían bajo los cielos de oro;

los tórridos soles caniculares del trópico;

el perfil opalescente de los cerros, hundidos en las lejanías;

la gran tristeza de los cielos, hechos de nácar al llegar la Noche;

la mansedumbre tierna de los lagos, llenos de visiones imprecisas;

el duelo de los horizontes en la lenta desaparición de los paisajes diluyentes;

la tristeza de las floraciones otoñales que en su amarillo palor, aguardan cogitabundas, el largo beso invernizo;

el gran silencio de las selvas, en cuya ribera de hojas muertas, canta el mar, la canción de los siglos genesiacos;

son evocadas y surgen, a la caricia de

aquella Musa reminiscente, que decora como un pincel, y todo lo ornamenta, con sus rimas flexibles y, florecidas, como astrágalos de oro;

su dolor, altanero, como una roca coronada de glicinas, cerrado a la imposible esperanza de las cosas eternas, tiene en su tristeza enigmática, la grandeza de todas las renunciaciones;

la Fé, no ensombreció esos cantos, con la sombra de sus alas fuliginosas;

el fantasma de ningún dios, llena con su inútil vacuïdad, aquellas rimas, llenas de un calmado deseo, y, de una dulce voluptuosidad, obstinada y melancólica;

ama la Tierra genitriz, fecunda y voraz;

y, su estro, es, como un pálido tirso, inclinado sobre la llama de las rosas;

la eflorescencia triunfal de sus metáforas, el ritmo de sus aliteraciones y de sus odios de Aëda apasionado, lejos de la lúgubre noche cristiana, producen en el alma, la impresión humana y apaciguada de un himno eólico, lleno de sortilegio peligroso de la grande alma pagana;

la grave armonía de ésos cantares, deja al espíritu la emoción de grandes soles desaparecidos tras el aterciopelamiento de los cielos, en el vacío de la tarde;

tal así, la serenidad divina, se desprende a veces, de aquella gran lira, donde las sagradas cuerdas bordonean de un innato amor a las humanas cosas;

la enunciación de dolorosas palpitaciones psíquicas;

el aspecto fugaz de las visiones emotivas; la rareza enfermiza de ciertas sensaciones, que hacen temblar el alma en los limbos fronterizos a la gran noche demente, son expresadas allí, con un sombrío esplendor, en una lengua de la cual cada hemistiquio, es como un rayo de Enigma serpenteando en las tinieblas.

Pimentel, tenía herencias mórbidas, que predisponían su espíritu a perderse en la trágica noche maupasantiana, antes de entrar en la noche definitiva;

sufriendo sin quejarse, del mal cruel, que sentía avanzar como el ala de Azrael, en un engrandeciente crepúsculo, su alma, luminosa aún, trazaba en la espesa sombra, con el orgullo imperativo de una llama, las líneas resplandecientes de ese poema, que

fué su vida de orfebre viajero y soñador, hecho a trabajar el oro repujado de sus cálices en la pompa orquestral de los desiertos, en el tumulto de las ciudades, llenas de almas neuróticas, gemelas de la suya, en la bruma azul, y el fastuoso silencio de los grandes montes, y, bajo los manglares de la costa, que la pensativa mar besa;

a dondequiera que su carne doliente, llevada fué por la angustia de la Vida, el Poeta cantó;

inquieto, febricitante, nos deja al morir su corazón poemizado, en los fragmentos de su Vida, magnificente de visiones, donde todo el Dolor, y toda la Ambición de una alma, canta, en ritmos de serena eternidad, lo infinito de la pena, lo amargo

de la Voluptuosidad, la pavorosa nada del vivir;

altanero, doloroso, fatigado, ese Poeta, que no amó el reclamo, nos dió la colección de sus versos, ya al morir, como si alinease cerca de su tumba, una armoniosa teoría de vírgenes cautivas de su Genio, que lo escoltasen hacia la Muerte, bajo un cielo ensoñador, a través de un bosque de laureles;

y, se retiró de la arena ensangrentada, dejándonos sus cantos por herencia;

su espíritu, bello y fuerte, entró en la Muerte, como en el crepúsculo de una alba;

y, se perdió en ella;

magníficamente;

desapareció el Poeta, entre el follaje luminoso de sus versos;

envuelto en ellos, como en un sudario;

armoniosamente;

luminosamente;

gloriosamente;...

. . . .

. . . .

Paso al Poeta...



Miguel Eduardo Pardo

¡Qué denso, qué injusto olvido, ha envuelto el nombre y la Obra de aquel bello y noble espíritu, que fué Miguel Eduardo Pardo!

ahogado por esa bruma, parece más triste el monumento, que un corazón amante y romántico, levantó a su memoria, en el riente y verde Campo Santo, que en los alrededores de París lo hospeda;

¡qué opaca y, melancólica mañana, de un naciente otoño, aquella, en que lo llevamos a enterrar!

éramos pocos, los que llegamos con él, hasta el lejano Cementerio;

pero, mentalmente, éramos: Legión;

Gil Fortul, Pedro César Dominici, Manuel Ugarte, Mariano José Madueño, y yo;

el pobre viejo Madueño, se inclinó ya en en la fosa, cargado de años, de cóleras y de dolores...

yace en el Cementerio de Alicante, muerto por el mismo mal, que mató a Pardo;

bien merece un recuerdo, aquel raro y amargo espíritu, tenebroso y colérico, lleno de pasiones pequeñas, pero, no exento sin embargo de personal grandeza;

era, el último jacobino, muerto en espera de cadalso;

agrio, rencoroso, rechinante; su prosa hablada y escrita, producía la sensación de escuchar, el ruido de una sierra, manejada por un carpintero epiléptico;

era el último ejemplar, de aquellos liberales del 48, tan ideal y toscamente incompletos y confusos;

idealistas coléricos y retóricos, iluminados y cándidos, tradicionalistas de un odio vago, que se habrían visto desconcertados si se les hubiese pedido la exacta defunción de sus doctrinas;

de todas las pasiones liberales, tal vez no tuvieron sincera y alta, sino el anticlericalismo;

pero, el anticlericalismo, cuando no es,

el antireligiosismo, no es una doctrina, es una Manía;

un hombre que cree en Dios, y persigue los curas, es absurdamente ilógico;

acabad la Religión, y, el cura no existirá;

matad la idea de Dios, en las conciencias, y el Sacerdote habrá muerto con el Mito;

pero, eso, no lo comprendían aquellos venerables antecesores nuestros, reducidos por el deísmo robesperiano, sentimental y atroz a la vez;

ellos no fueron responsables de eso, como no lo fueron los dinosaurios y metosaurios, de haber precedido a los grandes vertebrados, en la escala zoológica sobre el planeta;

uno de los más raros y exquisitos especímenes de esa fauna filosófica, era Madueño; pero, en política, hundía sus raíces ancestrales, en terreno más fuerte y, más profundo;

era un hijo legítimo de la Convención Francesa; un maratista embalsamado, llegado intacto hasta nosotros; revolucionario sin ternuras, lleno sin embargo, de los romanticismos ferozmente sentimentales, del terrible Comité de Salud Pública;

era una alma noble, con candideces de niño;

desconcertante en sus ingenuidades rencorosas;

palidecía de cólera, si veía pasar un cura, y se descubría con respeto, si veía pasar una procesión:

recordaba en eso, a Don Juan Montalvo, que creía en el Diablo, rezaba al Angel de su Guardia, y, no podía ver un cura con tal que fuese ecuatoriano;

y, como Montalvo, Madueño, tenía también la manía del clericalismo;

en literatura, amaba los moldes viejos, con una pasión afrodisiaca, de anticuario;

los cacharros de la coroplastina académica, le parecían los más acabados modelos de Belleza y, adornaba con ellos, su periódico, como las viejas señoras, adornan con flores de trapo, los retablos de sus santos;

tenía un desdén inagotable, por todas las formas nuevas de la literatura;

a mí, me toleraba, por mi política;

mi ateísmo le parecía monstruoso;

y, era de un cómico encantador, discutiendo sobre esto;

porque Madueño, era pintoresco, de un pintoresco arcaico, tal vez único, si os hacía la distinción de una visita—porque no salía a la calle, más de dos o tres veces en el año—se os presentaba envuelto en una levita prehistórica, de un color indefinible, que ceñía su pequeño cuerpo, muy bien proporcionado, de hombros fuertes, y erectos, a pesar de su tarda edad; pantalón a grandes cuadros, y, diminutas botas de charol, con pies de bailarina;

el rostro, imperioso y noble, los ojos móvibles, inquietos, desconfiados, atravesados a veces por resplandores tiernos, como los de todos los grandes combatientes; la color cetrina del cutis, casi desaparecía bajo las

patillas y los bigotes, multicolores, sobre los cuales habían llovido, todas las tintas y cosméticos baratos, inhábiles a cubrir las canas rebeldes, hechas de un azul violáceo, o de un tornasol maquiavélico, lo cual hacían aparecer al terrible escritor, como si tuviese dos camaleones prendidos a sus mejillas;

la voz, era imperiosa, e impetuosa, inagotable;

porque Madueño, no hacía visita; se hacía visita; no conversaba, se conversaba;

era un monólogo en levita, que condescendía en andar, pero sin callarse, nunca;

murió a los setenta años, y durante su larga vida, no dejó dos minutos de fumar, ni de hablar, era una chimenea parlante;

peripatético incansable, no se sentaba nun-

ca; conversaba andando, midiendo la estancia a pasitos menudos, de gorrión; los enormes tacones de las botas, lo hacían vacilar a veces, pero sentarse jamás;

para contradeciros, que os contradecía siempre, echaba atrás la cabeza, y cruzaba sus manos sobre la espalda, en gesto napoleónico, era una actitud habitual en él;

entonces, aparecía el Coronel Madueño;

su aspecto de militar, no lo abandonó nunca; y, estaba orgulloso de eso;

yo, no sé, si en el Perú, ser Coronel, será una cosa muy rara, pero Madueño, miraba su coronelato, como un don semi-divino, del cual no les era dado gozar a los otros hombres;

cuando se le hablaba, de Pierola, o de Cáceres, decía:

—Esos no son sino generales;

y, sonreía, con una sonrisa cavernosa, que hacía más triste su boca, de la cual huían los últimos dientes, con una rapidez de epidemia;

él, era, el Coronel Madueño, y, por nada del mundo, habría cambiado ese título, contra todos los Imperios de la Tierra;

había llegado muy tarde al periodismo: después de una revolución fracasada, que lo había arrojado a playas europeas;

había ejercido, una Dictadura militar, transitoria, sobre no sé qué selva peruana; y, derrocado de ella, había venido a España;

cayó, en la madre Patria, como un pez, en el agua;

él, tenía el alma hidalga, de un viejo

castellano, y, al entrar en España, no hizo, sino encontrar su patria, porque en España, no hay destierro para aquel que de América, llega a ella; es una patria más noble, sin hostilidades, y sin bajezas;

la vanidad cándida de Madueño, halló en Madrid, el gran alimento, que la gentileza burlona, y en el fondo despreciativa, de los hombres de letras, concede allí, al que va en busca de aplausos gacetilleros, y, glorias fotográficas; él, tomó en serio todo eso, pero, sin degradarse, como los poetastros trogloditas, que a diario llegan de nuestras selvas, para hacerse banquetear en la Corte; bárbaros que aspiran a hacerse coronar en Atenas; él hizo selección de sus conocimientos, y, fué el amigo de

Pi y Margall, y, de Fernando Lozano, y de las más altas personalidades del mundo académico y político;

y, fundó el «Mundo Latino»;

como hasta entonces, había vivido lejos del movimiento intelectual de América, creyó descubrir un yacimiento virgen, en la idea de unión de todos los pueblos de la América Española, para contrarrestar la influencia yanqui;

es verdad, que muchos otros antes que él, habíamos predicado eso, hasta la saciedad, pero, él, lo ignoraba primero, y fingió ignorarlo luego; a ese respecto fué un antecesor de Manuel Ugarte; y, el «Mundo Latino» fué uno como Prólogo involuntario al «Porvenir de la América Latina»; sólo que en Madueño, había inocen-

cia de plagio, y, no copiaba, por la vesania del reclamo.

Madueño, fué un muy alto, muy noble, muy leal, Apóstol de esa Idea;

un día, la América le hará justicia;

murió solo, miserable, proscripto, pero fuerte y digno, en Alicante, a donde había ido a buscar la salud, bajo las palmas;

hereje invulnerable, duerme allí en una tumba sin cruz;

la tumba de ese crucificado, inspira más respeto a las almas libres, que la sombra de todas las cruces que hay sobre la tierra.

Madueño había venido a París, al Congreso Universal de Libres Pensadores, donde con Magalhaes Lima, Fernando Lozano y yo, firmamos los cuatro, esa llamada a la América Latina, que fué menos que un

grito, en el desierto, una ráfaga de tempestad, sobre un estercolero.

Madueño, no conocía a Miguel Eduardo Pardo, y fuí yo, quien lo invitó a sus funerales;

yo, había venido de Madrid, donde llenaba ciertas funciones diplomáticas (desde luego, no de mi nativo país) al Congreso de Libres Pensadores, Delegado, por varias Sociedades Españolas y Americanas;

ya había recibido en Madrid, muy tristes nuevas, de la precaria salud de Pardo;

peregrino en Arcachón primero, y en Pau, después, asesinado por los cirujanos, y por el implacable mal, de todas partes me había escrito, y por todas partes mi inquieta amistad lo había seguido;

«no hay esperanza: Miguel Eduardo, se

acaba; Miguel Eduardo se va»: me decía en su última carta, con la tristeza resignada, de aquel que mira, frente a frente, su destino inevitable;

obsesionado, por esa dolorosa queja, llegué a París;

dirígime a la Rue de Lauristón y Pardo, no vivía ya allí; pero su noble compañera, se ocupaba en los últimos detalles del *déménagement*,

—¡Ah! Monsieur Vargas Vila, me dijo enjugándose las lágrimas que humedecían sus ojos, fatigados de insomnios y de llantos; Miguel Eduardo lo espera; anoche, no ha cesado de preguntarme por usted, esperaba un despacho suyo; lo esperaba a usted, por minutos; toda la noche me repetía: «Vargas Vila, va a venir: yo siento

que va a llegar; el corazón me dice que no moriré sin verlo» es raro cómo ha presentido la llegada de usted: vaya, vaya cuanto antes a verlo; eso lo hará feliz;

y, fuí a la Rue de Wáshington;

allí, encontré a Miguel Eduardo Pardo, inmóvil, sobre su lecho; era una ruina; ya no vivía, se sobrevivía; la enfermedad lo había devorado por completo; y, la Muerte, espiaba el instante de apagar el último aliento, de aquel gladiador; vencido;

no hablaba casi, su voz, no tenía ya sonido, pero, su inteligencia, estaba intacta y vivaz: no se obscurecía sino por momentos, bajo la acción de los narcóticos, pero, volvía a lucir, más fúlgida, cual si desafiase las tinieblas definitivas que la acechaban;

ni la sombra de un amigo, había en torno al lecho de aquel hombre tan lleno de ellos, en el apogeo de su vida luchadora:

porque Miguel Eduardo Pardo, era sin duda, el tipo acabado del diarista combatiente y gallardo;

sus actitudes presuntuosas, su verbo desafiador, su talento de polemista, su valor personal, y una extraña y elegante nobleza de alma, hacían de él, el modelo cumplido de esos sagitarios de la Idea, tan raros en nuestras democracias turbulentas, donde los estomacales de la prensa, han deshonrado todo, hasta la tipografía, con su inmundo pataleo de cerdos en orgasmo.

Miguel Eduardo Pardo, era, con Pedro Vicente Mijares, el más completo diarista de su tiempo;

y, no digo, que era el primer periodista, porque sería decir demasiado, en un país donde lo han sido, aunque no profesionales, Laureano Villanueva, Tosta García, y César Zumeta:

la Elocuencia, el *Esprit* y la Profundidad.

Pardo, moría, en días de absoluta acefalia mental en Venezuela, cuando los expósitos de todos los matices, fatigaban la infamia, desde esa cloaca máxima llamada el «Constitucional» y, los acerebrados del dicterio, se encargaban de disgustar la decencia con su prosa excrementosa, virgen de todo hálito intelectual, y en su audacia de colilleros del diarismo, no tenían otro placer, que el de lanzar el estiércol de su insulto a la frente de los más grandes nombres de su época.

Pardo, no perteneció a ese grupo de carreteros de la Adulación, encargados de llevar todo el detritus del alma nacional, como abono al árbol de la Tiranía, ocupando sus ocios en macular cuanta gloria intelectual pasaba al alcance de sus manos;

eran menos viles, es verdad, que ciertos monos onánicos, venidos luego con los *nuevos tiempos*, de las zonas limítrofes de Colombia, al diarismo capitolino; últimos Macabeos del histerismo, más o menos mal donados, por la Inepcia de la Celebridad, para dar mordiscos a los talones de las glorias consagradas, antes de precipitarse abiertamente en cualquier Ministerio, y, revolcarse en él; la repugnante cobardía de esos acéfalos versificadores, exigía, eso sí

como condición precisa, que la gloria insultada estuviese lejos, porque el gran temor del mono, es el de foete.

Pardo, estaba muy lejos de esa crápula inabordable, que tiene el alma, no de fango, sino de *fanguer,* que es la más ideal ignominia que se pueda imaginar, tratándose de este monaguillo cacotimio polucionado por el vicio; en un antiguo lecho episcopal;

y, tal vez por eso, Pardo, agonizaba solo;

¿solo?

he dicho mal, lo rodeaba una gran ternura heroica y conmovedora; la de aquella noble y abnegada y, bella mujer, que fué la compañera asombrosa de piedad, y, de valor, en aquellos últimos días;

el respeto más profundo y más reverente

se impone, pasando cerca esa blonda y augusta figura de mujer, inclinada sobre el lecho de un moribundo, como el Símbolo viviente del Sacrificio, y del Desinterés;

porque Pardo, no era rico, agonizaba en la más noble pobreza, lleno de altivez y de decoro; pues desde que la enfermedad le había hecho abandonar su pluma, vivía de la pensión que su padre le mandaba.

—¡*Quel dévouement! ¡qué devouement!* me decía con su imperceptible hilo de voz, refiriéndose a ese inagotable vaso de ternuras, a esa noble mujer, a la cual acababa de dar su nombre, apenas cumplido el luto, de su primera esposa;

días se pasaron así, días angustiosos y

lentos, en que sólo yo, visitaba al moribundo;

y, uno de aquellos días me dijo:

—Yo quisiera que viniese a verme el doctor Domínici;

y, su señora añadió:

—Qué feliz sería, Miguel, si el doctor Domínici viniese; es una obsesión que tiene; capricho de enfermo;

y, con sus ojos tristes me decía: capricho de moribundo...

el doctor Santos Domínici, había llegado por aquel entonces a París, fugitivo de la dictadura de Cipriano Castro, del cual había sido amigo, y, no perdonaba a Pardo, que continuaba aún en serlo con una obcecación indiscutible;

condescendí en visitar al doctor Dominici,

para llevarle el voto conmovedor del moribundo;

el joven y sabio médico, fué muy amable conmigo, sin duda porque además de su alta y habitual cultura personal, sabía las relaciones de verdadera amistad y compañerismo literario, que me unieron a su hermano Pedro César, el notable escritor;

expuse al doctor Dominici el motivo de mi visita, interesándolo para que accediera al inocente deseo, de un hombre que iba a morir;

el doctor me escuchó sonriendo, pero triste en el fondo, y, me prometió que iría, no sin zaherir un poco, la impresionabilidad que nos posee siempre a las gentes de letras, olvidando, que a pesar de ser médico, él, entra en la Intelectualidad por

todas las puertas, y, el ser Galeno no lo libra de ser genial;

imposible pintar la alegría de Pardo, y, la impaciencia con que esperaba la visita de Dominici, después que yo, se la anuncié;

y, Dominici no fué...

entre tanto, continuaba en ser yo, el único amigo que estaba cerca al lecho de Pardo;

y, el Otoño avanzaba, y, yo comprendía, que con las primeras hojas, y, las últimas rosas desfloradas, se iría también el infeliz amigo;

aquel mediodía, cuando llegué a su lecho, Pardo parecía más calmado:

—¿Y, el doctor Dominici? me preguntó.

—Vendrá luego, le respondí para consolarlo;

después, me habló de literatura, de la zambra mental, en que se agotaba Venezuela, y, se complació, en recitarme enteros, los pasajes, que según él, Manuel Díaz Rodríguez, había hurtado a los libros de D' Annunzio;

él, era implacable, contra esta literatura canaria, que ya empezaba á tomar vuelo, merced al rebajamiento espiritual de esa época venezolana; literatura de abalorios y oro *fix*, carente de ideas y, de profundidades, buena, para halagar la mentalidad de razas tropicales, amante de reflejo y, colorido, y, para cosquillear al sentimentalismo innato, en cierto negraje cerebral, nostálgico de jugo y, coloniaje;

el mochismo, en política, le parecía espantoso, pero en literatura de su país, le

parecía aún más lamentable y, lo exasperaba;

eran esos tiempos, muy tristes para la intelectualidad venezolana en que Gumersindo, imperaba en la prensa política, y ciertos negritos lacustres, escapados a los palmares de la Chiquinquirá, peinados y almizclados, olorosos a aceite de coco, bogaban hacia el fracaso, pontificando de críticos, en las columnas del «Cojo Ilustrado», ejerciendo desde ellas, la pedagogia de la asnalidad;

con el candor africano, de simios que han leído a Taine, en traducciones baratas, manoseaban los grandes hombres, insultando aquellos ya consagrados por la gloria, queriendo así, por el exceso de su audacia, salvarse del fracaso del Olvido;

no recuerdo bien, el nombre del cuadrumano inferior, que así causaba las furias de Pardo, pero supongo ya enterada su efímera reputación de libélula nuvia, bajo los árboles de la Plaza Bolivar, o en algún médano costanero de su patrio lago, que habrá devorado su obscuridad, de la cual su agresiva desvergüenza, no logró sacarlo nunca;

parécemé, que vi después, el nombre del *titi* difamador, en un libro de Pío Gil;

pero no lo recuerdo;

hay gentes, tan insignificantes, que aún antes de conocerlas, ya las hemos olvidado.

Pardo, me hablaba de todo eso, con pasión, con una tan gran pasión, que un turbamiento muy grande le sobrevino;

creí que iba a morir, porque yo vi la muerte en sus ojos;

su esposa, vino a él, le hizo una inhalación de oxígeno, le limpió el sudor del rostro, lo compuso sobre el lecho, con una piedad de madre;

y, cuando ella, se alejó, Pardo ya vuelto en sí me decía con un hálito que no era ya una voz:

—¡Qué abnegación! ¡qué alma! ¿habría escrito usted «Ibis» después de conocer a Margarita?

Margarita era ésta, su última esposa.

Pardo, entró en una somnolencia profunda, tranquila, sin las inquietudes de otros moribundos;

rebelde a toda idea religiosa, no pensó, siquiera en solicitar los auxilios de ninguna religión;

se extinguía dulcemente, casi sin agonía, sin debilidades, y, sin tristezas;

volvió a hablar para recordar a Macuto, en Venezuela, donde pensaba ir, «si escapaba de ésta»;

esas fueron sus últimas palabras conmigo; cerró los ojos, como para conservar la visión de la divina playa en las pupilas...; y, entró en sopor;

me retiré, sabiéndolo dormido, y prometí volver;

cuando regresé a mi casa, hallé a Pedro César Dominici, que había venido a verme, y, hablamos de Pardo, de su enfermedad; de su agonía...

Pedro César Dominici llevaba entonces en París, la más heroica y, más digna vida de destierro, que pueda llevar un hombre;

era el enemigo encarnizado de Cipriano Castro, y, en su periódico, «Venezuela» cogía mensualmente, por la cola, al mono lascivo y feroz, y lo sacudía contra el muro;

él, y yo, éramos los únicos que por aquel entonces, nos ocupábamos en Europa, de castigar el castropotismo parlanchín y pendenciero, frente a la legión consular, de lacayos galoneados, que lo defendían, en periódicos estipendiados, de un gumersindismo rastrero;

por esa razón, y por las vehemencias del carácter de Pardo, exacerbadas y, no domadas por la enfermedad, Pedro César; no lo trataba; pero, su gran corazón, ajeno a toda bajeza se conmovió hondamente, cuando oyó de mí, la soledad en que mo-

ría, aquel que había sido su amigo, y, que era siempre un escritor de mérito;

hablábamos melancólicamente de todo esto, cuando me llegó un despacho telegráfico, que decía: «*Priez venir tout suite, monsieur Pardo est mort, Margueritte.*»

Dominici se conmovió hasta las lágrimas;

tomamos el primer coche que pasó, y, fuímos a aquella que era ya la casa del duelo.

Miguel Eduardo, yacía sobre su lecho mortuorio, las manos cruzadas sobre el pecho, una gran serenidad se extendía sobre su rostro, como que ya había pasado para él, el gran dolor de la Vida y había entrado, en esa calma divina, que no se acaba jamás;

había muerto en brazos de su esposa, y, ella sola lo había amortajado;

al verlo, yo sentí la envidia que siento siempre por un muerto, y la cólera sorda contra mí mismo, porque aún me empeño en vivir.

Pedro César Dominici, rompió en sollozos; su corazón de proscripto desbordante de cóleras y de dolores, sollozaba ante el despojo de aquel compañero de juventud ido ya para siempre...

. . . .

Era necesario avisar a la Legación de Venezuela, con la cual, ni Dominici, ni yo, manteníamos ninguna clase de relaciones, y al Cónsul General en París, que lo desempeñaba entonces, Gil Fortoul, nuestro amigo personal:

la Legación, estaba a cargo de un francés, aventurero, que como peón en el ferrocarril de Caracas a Valencia, había hecho lo bastante, para poner en aquella ciudad una posada, a la cual Cipriano Castro, llegó en una de esas mil derrotas que precedieron a su victoria final;

en gratitud a las atenciones del posadero y, por poseer éste, dotes de bajeza y de espionaje, lo tenía Castro, empleado en esos menesteres en Europa, cuando no sé, por cuáles razones, vacó la Legación, y hubo de caer en las manos rapaces del peón-posadero, por nombramiento de su amo, de elección;

y, así la desempeñaba;

hicímosle Dominici y, yo, un despacho al beocio afortunado; despacho muy des-

pectivo en el cual, al participarle la muerte de Pardo, le preguntábamos, qué actitud pensaba asumir la Legación, en esa emergencia;

el estilo del telegrama y el nombre de los dos firmantes, eran bastante para hacer saltar del lecho al analfabeto galoneado:

Gil Fortoul, estaba ausente, y era ya más de media noche, cuando fuímos a la Plaza de la Bolsa, a hacerle un despacho amigable, anunciándole el triste fin, de aquel que era amigo de los tres:

al día siguiente muy temprano, estábamos en la casa mortuoria.

Dominici, había llegado el primero;

y, cuando yo entré, ya el *Ministro*, estaba allí;

presentómelo Dominici y díjele yo:

—Recibió usted nuestro despacho?

—Sí.

—Usted sabe bien, que yo no soy venezolano, y, ha sido a simple título de amigo personal de Miguel Eduardo Pardo, que he hecho a usted ese despacho, porque es necesario que aquellos que oficialmente representan a su país, dicten las medidas que crean del caso, para honrar la memoria de aquel que fué, en él, un escritor, un Diputado, y lo representó con honor, en la Diplomacia; ¿cuáles medidas piensa usted tomar, señor Ministro?

—Yo venía, dijo el bárbaro, a poner en la puerta a *esta mujer,* incautarme de los bienes de Pardo, y poner en el apartamento los sellos consulares.

Dominici y yo, nos miramos estupefactos

ante tanta barbaridad, acumulada en unos labios.

Margarita de Pardo, la viuda, que aunque no hablaba el español, comprendió lo bastante, enrojeció hasta la raíz de su blonda cabellera, que aureolaba un pálido rayo de sol, que caía también sobre la cara del muerto.

—¿Ignora usted, señor Ministro, le dije, que quien usted llama *esa mujer*, es la esposa de Miguel Eduardo Pardo; que los únicos bienes de que usted podía incautarse, es el cadáver de Pardo, vestido, porque es lo único de su pertenencia que hay aquí? ¿ignora usted que esta casa, donde la señora de Pardo tiene su taller, es de ella, y está alquilada en su nombre? ¿no sabe usted que Miguel Eduardo Pardo, ha ago-

nizado y ha muerto con decoro, sin necesidad de acudir a nadie, porque su esposa lo ha querido así ya que su venerable padre, ausente, ignora esta situación y no la sabrá el digno anciano, sino cuando le hayamos participado la muerte de su hijo?

—Y, ¿Pardo era casado?

—Su señora, podría darle a usted las pruebas de ello.

—Entonces que costee ella el entierro.

—Eso no, le dije, mientras Miguel Eduardo Pardo, tenga amigos, no será enterrado por los cuidados de una *modista*, como dice usted, la cual ha agotado hasta el último ochavo en la enfermedad de su marido. Si usted no puede, o no quiere afrontar a nombre del Gobierno, los gastos que ocasione el entierro, díganoslo usted, que nosotros

los afrontaremos en nuestro propio nombre, o en el de su padre ausente;

felizmente, el pobre muerto, que estaba a nuestro lado, nada oía de esa polémica humillante, ni escuchó insultar a su esposa, ni amenazarla de expulsión, ni se sintió desdeñado cuando el Ministro dijo:

—Yo no tengo instrucciones de *mi* Gobierno a ese respecto, ¿a qué título costearía yo esos funerales? Pardo, no era empleado de Venezuela:

—Bien está, repliquéle interrumpiendo su intemperante discurso; me explico bien su desdén; usted no tiene ningún deber para con este muerto; Miguel Eduardo Pardo, era un venezolano, y, usted no lo es; Miguel Eduardo Pardo, era un escritor liberal, y usted no sabe lo que eso quiere decir;

Miguel Eduardo Pardo, era un intelectual, y usted no colinda con él, por ese lado: lo que yo pido a usted, es que me diga francamente si el gobierno costea o no los funerales.

—Yo, personalmente, podría ayudar en algo.

—No se trata de eso; si Miguel Eduardo Pardo, hubiera de ser enterrado por suscripción no lo sería por la de usted; si usted no quiere hacer eso, en nombre del Gobierno de Venezuela, dígamelo usted, y, yo tomo ahora mismo un coche, levanto una suscripción en el Cuerpo Diplomático de París, y a las dos horas, tendremos para hacer a Pardo, funerales de Embajádor; pero felizmente no tendremos necesidad de eso, porque sus amigos nos bastamos;

y, abandoné el salón sin despedirme.

Pedro César Dominici, continuó el debate, hasta conseguir del bárbaro, que accediese a costear por cuenta del Gobierno, los funerales de Pardo, a condición, eso sí, de que fueran los más baratos;

y, así se hicieron...

. . . .

Y, era una mañana brumosa, aquella siguiente, en que lo llevamos a enterrar:

ya fuera de París, Dominici, Ugarte y yo, montamos en un coche, Gil Fortoul, vaciló un momento, miró los espías consulares que lo seguían con los ojos, y, entró en nuestro coche:

—Mañana sabrá Castro, que yo he andado con ustedes, dijo dirigiéndose a Dominici y a mí, que éramos los adversarios carac-

terizados del grotesco déspota, y, miró sonriendo a aquellos que lo espiaban:

hablamos entonces, de Pardo, de Venezuela de la generación a que éste había pertenecido, esa generación que Gil Fortoul, César Zumeta, y Luis López Méndez, habían orientado, violentamente hacia los más nobles ideales;

habían sido en política, una generación de fracasados, como su Maestro;

éstos, habían sido los grandes crucificados de su ideal; los grandes náufragos.

López Méndez, más feliz que los otros dos conductores, había muerto.

Zumeta, hosco, triste, incurable de desdén, combatía contra Castro en New-York, sintiendo en su vencimiento, las más nobles adhesiones consolar su corazón.

Gil Fortoul, era Cónsul, en una ciudad y en un país, en que un hostelero cosmopolita, era Ministro;

y, él, el primero, si no el único diplomático venezolano, sentía sobre su frente de pensador, la sombra del peón caminero, empenachado de Embajador;

esa era la Venezuela de entonces;

menos triste, menos desgraciada, menos envilecida, es verdad, que la Venezuela de hoy;

aquello, era ya el Bajo Imperio;

pero, no era aún el Imperio Infinito.

. . . .

Llegamos al Cementerio, Gil Fortoul, dijo ante el cadáver, unas bellas palabras, dignas de su talento;

y, Pardo, entró en la tierra, y nosotros re-

gresamos tristes, silenciosos a París;

nos detuvimos para comer juntos, Gil Fortoul, Dominici, Madueño y yo;

nos separamos después, y fué una dispersión.

Madueño, en su marcha acelerada de viejo granadero, cayó en el sepulcro.

Gil Fortoul, fué Ministro Plenipotenciario en Alemania, y, luego fué gobierno en su país.

Pedro César Dominici, fué Ministro de Venezuela, en España;

¡ay! todos ellos tenían patria;

esa dispersión, me recuerda aquellos años ya muy lejanos, en que José Martí, Eloy Alfaro, y yo nos sentamos por muchos días a una misma mesa de yantar en New-York;

todos proscriptos, todos tristes, todos soñadores.

Martí, soñaba con Cuba, Libre.

Alfaro, con libertar el Ecuador;

y, ¿yo?... yo soñaba con Colombia esclava;

ese fué el sueño de mi juventud.

Alfaro, partió el primero; fué directamente a la Victoria, como una águila hacia la cima.

Martí, partió luego, y, murió como dijo Zumeta, que también era de nosotros «prendiendo una estrella, en el Cielo americano».

Yo, quedé soñador sobre la playa, como aquel día en que se dispersó el grupo de pensadores, que enterró a Miguel Eduardo Pardo;

y, preparándome a entrar por el portal

de la vejez, consuelo mis derrotas escribiéndolas, como otros escriben sus victorias;

y, me conmueve el recuerdo de esas horas, como ésta, en que cayendo en mis manos una edición de «Villa Brava» de Miguel Eduardo Pardo, pienso en él, en su noble talento, en sus luchas, y en sus tristezas.

y, pienso en el día en que lo enterramos;

una mañana de Otoño, llena de Melancolía;

una hora muy triste, en que cinco pensadores, nos congregamos en torno a su sepulcro, y le dijimos adios!...

¡cómo temblaba en el cielo un poco de claridad!



Pedro César Dominici

Los recuerdos de los besos, muy remotos, son las llagas mal curadas, que llevamos en el alma;

¿qué llama voraz, es esa llama del Recuerdo, que brilla y, no ilumina, quema y, no consume, y, sin embargo, alienta el vuelo del Deseo?...

la llama es movible...

la llama es taciturna;

como un fuego fatuo en un cementerio....

va por entre las tumbas;

acaricia los muertos...

os sigue...

y, os huye...

es una llama que *habla,* en el Silencio;

y, su lenguaje es malo;

su lenguaje es perverso;

¿por qué os recuerda con tenacidad los viejos besos, de labios que ya no existen, de labios que ya han muerto?

y, os habla de ellos;

mientras bajo el cielo pálido, se deshoja el rosal de los recuerdos;

y, es:

una lluvia de rosas amatistas, cayendo en los follajes del Misterio;

para adornar la frente de los lejanos muer-

tos, que yacen insepultos, sobre los campos yermos;

los recuerdos, son seres que andan, se alzan del sepulcro, y, toman cuerpo;

y, vienen a nosotros, y, nos persiguen siempre, cuando estamos dormidos, cuando estamos despiertos, cuando velamos tristes, cuando entramos en sueños...

se acercan suavemente, con sus alas de insectos, que tienen el perfume de muy remotos huertos que nos fueron queridos;

nos miran muy tristes, con sus ojos perversos, y, nos muestran la copa repleta de los besos, que dimos en los labios ardientes, en los tiempos lejanos que son idos;

de tiempos ya pretéritos que sepultó la nieve de tánto y tánto invierno;

entre ellos brilla uno;

como un carbunclo inmenso, que ilumina la noche voraz de los recuerdos;

es el primero de la amorosa Vía;

aquel que dimos a unos labios de fuego; cuando en los nuestros se secaba apenas, el néctar candoroso de los labios maternos;

el beso adolescente, primero que nos dieron, cuando al mismo tiempo que los labios, se desfloró temblando nuestro cuerpo;

de ese beso primero, nada mata el recuerdo;

él, vibra en este libro: Breviario del Deseo;

y, brilla en sus páginas, como un áspid de fuego, como sierpe de llamas, enroscada al cuello de un Ganímedes virgen;

se siente el aleteo de todas las pasiones;

las músicas dolientes de las angustias sabias de aquellos corazones que todo lo supieron; porque en amar gastaron sus fuerzas y su tiempo;

las almas de los grandes exegetas del beso; los viejos taumaturgos, que fatigó el Deseo;

¿por qué, este Evocador del Divino Misterio, este lírico audaz de cuyo rojo verbo surgen las mariposas vibrantes de los sueños, todas ebrias del néctar—de ese néctar sedeño, que todos conocemos, porque lo hemos bebido en los labios perversos—por qué este gran poeta, ¿por qué no escribe versos?...

«Tristeza Voluptuosa», tristeza de lo acerbo, tristeza de las cosas perdidas en el

tiempo, donde solloza el alma de los ideales muertos;

este libro pedía, las alas de la estrofa, y, el ritmo y la música del Verso;

¿estáis tristes?

leedlo;

es un lago montañés que retrata muchos cielos, altos cielos, donde pasan muchas almas;

sombras de alas y de nubes desgarradas por los vientos;

¡cuántos lirios en la orilla!...

los Príncipes del Ensueño;

¡cuántos cisnes en sus olas!...

de los lirios son gemelos;

¡cómo canta la Tristeza, bajo el ala del Invierno, en el seno taciturno de ese lago limpio y quieto;

¡la Tristeza Voluptuosa de los años que ya han muerto...

la Tristeza, coronada con las flores del Recuerdo, y, trayendo entre sus manos, las cenizas de los besos;

¡oh los besos olvidados!...

¡oh! los besos de otros tiempos...

al conjuro de este libro en el alma surgen ellos;

¿fueron malos?

¿fueron buenos?

¿quién dirá si esos besos fueron malos?

¿quién dirá si esos besos, fueron buenos?...

sabemos que esos labios fueron nuestros;

sabemos que esos labios nos besaron;

y después de ese beso, no hubo ya nada puro en nuestros labios;

ya no supimos de los besos vírgenes;

ya no supimos de los besos castos;

ya no supimos ensayar los besos, sino en la frente negra del Pecado;

porque bebimos el acibar turbio, en la copa de fuego de esos labios;

¡oh! libro que has entrado entre mis venas;

¿qué despiertas en ellas?

se han secado;

dejad pasar el viento del Recuerdo, por entre los guijarros, que antes fueron el cauce de un torrente;

dejad soñar un poco al Solitario;

y, dejad la Tristeza Voluptuosa, envolver su Dolor;

como un sudario;

mi orgulloso corazón es un estuario;

vienen a él, las olas del Recuerdo a cantar su canción, cuando anochece;

es bello en el crepúsculo sereno, ver el perfil brutal de lo Pasado, alzarse como un monte, en el Silencio;

dejadme en el topacio de la Tarde, deshojar mi rosario de recuerdos;

y, resurjan las rosas pensativas, que ornaron mis jardines de otro tiempo...

dejadme acariciar con mano trémula, la melena de luz de mis Ensueños;

¿de qué viven los niños?

de Esperanza;

¿de qué viven los hombres?

del Recuerdo;

recordemos;

y, ya que no esperamos, vivamos y soñemos.



Pérez Triana

Santiago Pérez Triana, publicó un libro político de ASUNTOS COLOMBIANOS: «Desde Lejos»;

título y sub-título, de un terrible decir, sugestivo y profundo, porque sólo desde lejos, puede hablarse de asuntos colombianos;

he ahí un libro oportuno, de un oportunista.

Pérez Triana, no fué un político profesional;

fué un hombre de mucho saber, que es-

cribió política, como escribió literatura, y como hizo versos, por *sport*, y todo con propiedad; prosa y verso, clásicos, de un sabor no moderno, pero de un encanto apasionado, rebosante de noble actitud serena;

era un *diletante*, lleno de prestigios mentales, que gustaba de dar a muchas cosas a la vez, el brillo seductor de su talento;

sus amigos de la Banca y las Finanzas, se empeñaron en no ver en Pérez Triana, sino un financista; un Napoleón de los números; el gran descuajador de las selvas intrincadas de las cifras...

yo, ni contesto ni constato la afirmación;

el mundo de los números, me es desconocido;

yo, no sé contar, y no acierto a entrar ni a empellones en las fronteras de ese Impe-

rio, del cual Santiago Pérez Triana, era Soberano;

para mí, la verdadera personalidad de Pérez Triana, donde culminaba y se aislaba sin iguales y sin rivales, es como orador;

es allí que sobrepasaba el más alto nivel de sus contemporáneos;

la actitud, la voz, el gesto, todo en él era oratorio, de una oratoria clásica y sonora, que igualaba y superaba los más altos modelos de la Elocuencia antigua;

la Elocuencia, estaba en él, y fluía de él, como de un manantial de Pensamiento, y de armonías, que a distancia inmediata se hace un río;

era un océano que trina; era una selva que canta;

la enorme mole de su cuerpo, reposaba en la tribuna, como en un pedestal; el gesto grave y lento de sus manos, tenía una rara nobleza de expresión, cual si marcase con ellas, extrañas orientaciones a las almas que lo escuchaban; sus ojos de miope, casi ciegos, parecían reconcentrarse en una mirada interior, como para contemplar en su corazón, el río de Bellezas Espirituales, que pronto iba a fluir por sus labios caudalosos de majestad y encantamiento;

su elocuencia, no era la de Castelar, un tenor ligero a lo Carusso; era la de un bajo profundo, tan profundo, como su pensamiento, al cual prestaban extrañas alas, los recursos de su dialéctica elegante y sonora;

no era un Tribuno; el Tribuno, es un producto oratorio, más cerca del pueblo;

era un Orador; y el Orador, es una síntesis intelectual más cerca del Arte;

circunscribiéndose al círculo estrecho y mezquino de la oratoria de su país, de él puede decirse, que era la reaparición agigantada de Rojas Garrido;

así, se lo dije en Madrid, cuando discurrimos ambos, en el Paraninfo de la Universidad;

y, lo repito; era un orador maravilloso; el más maravilloso, que mis oídos hechos a cosas de bellezas, hayan escuchado hasta hoy;

y, ese prodigio oratorio, había venido muy tarde a la tribuna;

¿por qué?

contento con su fama de *causeur* insuperable, se había retardado en los predios ama-

bles de la conversación sin querer—tal vez por ignorancia de su fuerza—trepar el escalón que lo separaba de la celebridad;

llegó a ella a los cincuenta años;

de un solo gesto, conquistó el Reino todo de la notoridad; conquistó la admiración;

¿la notoridad dije? pues dije mal;

con un solo gesto conquistó la Gloria;

él, fué toda la Elocuencia americana, en la Conferencia de La Haya; la sirena conquistó el mundo;

¿por qué no lo felicité yo entonces?

porque su elocuencia con librea, logró indignarme más que cautivarme;

él, hablaba allí, bajo el uniforme rojo del cosaco, que Coccobolo I (*) ponía a aque-

(*) Coccobolo es el nombre con que distinguí en su reinado a aquella pantera que se llama Rafael Reyes, y que fué Presidente de Colombia.

llos que se arrodillaban para representarlo;

sus perifrasis, empenachadas de coccobolismo, exasperaban mi natural rebeldía, y eran como un nuevo dolor en mi soledad;

porque yo no acepto el sofisma palatino, de que servir a la Tiranía, no es servir al Tirano; y que la Diplomacia es un terreno neutro, en que se puede un hombre prostituir, quedando virgen...

la diplomacia coccobolesca, se había hecho el Hospital de inválidos, donde todas las nulidades del pancismo liberal, se habían dado cita;

los que se habían prostituído en aquel lecho de protocolos, no tenían como otros la disculpa del hambre;

se habían prostituído por histerismo político, por ingénita corrupción del corazón;

por una necesidad vil de corromperse; porque sentían dentro de sí, el infame clamor espiritual de ser mancillados;

conservarse puros, les parecía un crímen; la pureza, era un gesto violento de sus almas meretrices;

todo el viejo cocotage radical, que no quería morir sin sentir sobre sus ancas la caricia profanadora del despotismo, pidió al tirano el dulce honor de ser prostituído por él;

y, el viejo tirano forestal, exportó la yeguada impudescente para mostrar al mundo, lo más nulo que tenía en el infinito *attelage* de sus cocheras imperiales;

y, vedlos ahí, de Corte en Corte, es decir, de fracaso en fracaso, fatigando el ridículo, donde no habían fatigado la ineptitud;

sólo Pérez Triana supo vencer;

el fué toda la Delegación de Colombia en La Haya; porque Jorge Holguín, que le acompañaba, es un molusco parlamentario, que tiene la elocuencia de una ostra;

y, Marcelino Vargas, delegado también, es un chafarote bárbaro que tiene la mudez de una hoja de puñal;

esos dos peces diplomáticos, elocuentes como una sardina, alzaron la tribuna de la mudez, al lado de la tribuna de la elocuencia, que alzaba Pérez Triana; ellos dieron a la Conferencia, el único homenaje de respeto que podían darle: el del Silencio;

la palabra humana les debe gratitud; porque por ese pudor de bestias, tiene una página menos de que avergonzarse;

si Pérez Triana, fué toda la elocuencia de la Conferencia ¿cómo no había de entriste-

cerme, ver esa gran fuerza al servicio de la Tiranía?

si yo aceptara el sofisma cortesano, de que Pérez Triana en ese puesto, había servido a la República y no a Coccobolo, sería aceptar que la verborrea churrigueresca y álgida, y la comicidad hilarizante de Uribe Uribe en el Pacífico, habían sido agotadas al servicio de la República, y no de Coccobolo;

que las misiones y dimisiones de Diego Mendoza en Washington, sus abdicaciones de siervo, y sus delaciones de lacayo, tenían que ver algo con la República y no con Coccobolo;

y, finalmente, que aquel otro ex-radical, policía secreto al servicio del Consulado colombiano, era espía de la República y no de Coccobolo, en New York;

esa locución de caballerizas reales, no puede tener lugar, tratándose de hombres intelectuales, como Pérez Triana;

he ahí, por qué no pudiendo felicitarlo por su elocuencia, me limité a llevar el duelo de ella, y, lo llevo todavía;

. . . .

. . . .

. . . .

el libro de Pérez Triana, ¿es una rectificación?

mi juicio encadeno, y nada digo.

Pérez Triana, es desconcertante...

no hace gestos definitivos;

pero, su prefacio sin librea me ha desarmado;

su prosa oratoria, prosa oceánica y ciceroniana, corre allí elocuente y sonora, como

un gran río que baja a la llanura y se explaya en ella, cargado con el oro de las montañas, armonioso y luminoso, bajo el gran sol ecuatorial que lo corona de un resplandor igniviscente;

y, él decía así, como en crescendo confidencial, al oído de la dictadura, grandes verdades, que son grandes admoniciones;

hay en la abyección colombiana, algo que sobrepasa a la indignación y aun al desprecio, y que casi obligaría al silencio, si hablar no fuera el deber imperativo de aquellos a quienes ha sido dado el alto don de la palabra escrita.

Pérez Triana, que tenía un alma noble, cualesquiera que fuesen las ductilidades de su carácter, había visto bien, que era la hora de la palabra, en esa ruta hacia el poniente,

que lleva su patria camino de la desesperación;

él dijo amigablemente, pero dignamente, grandes cosas al oído de la Tiranía;

y, así vestido de amigo, desliza en el corazón del César, el puñal de la verdad;

el César lo oía, y el César reía;

la primera condición de ese César, era el cinismo;

el despotismo de la desvergüenza, es el de las decadencias; y ese es el despotismo de que muere Colombia;

cuando la corrupción de un pueblo llega a ese grado de bajeza que ya no tiene nombre en ninguna lengua, produce ese despotismo.

Coccobolo, está por debajo del último vocablo;

toda palabra, aun el dicterio más rudo lo corona;

todos los déspotas americanos, aun los más viles, están dentro de la civilización;

sólo él se conservó tenazmente fuera de ella; en plena selva, como un tigre;

fué siempre el salvaje montaraz y bravío, en guerra contra el Derecho y contra la Humanidad;

ya que a los setenta años ha aprendido a leer, ¿leerá el libro de Pérez Triana?;

¿qué efecto habrá hecho en ese espíritu inculto y taciturno, ese libro amigable, lleno de admoniciones severas?

el que hace al oído de un tigre, el canto de un pájaro en la selva;

es en vano, que los amigos más o menos

ilusionados, de ese déspota, traten de atraerlo hacia la civilización.

Coccobolo, fué y permanecerá siempre bárbaro;

para él no había más que dos términos de un dilema: la dictadura en la selva, o la selva en la dictadura;

durante su juventud, ejerció la primera; y siendo poder implantó la segunda;

ese hombre permaneció siempre bárbaro; no se cívilizará jamás;

permaneció siempre el Tirano en estado primitivo;

su desnudez de gorila omnipotente, no se cubrió sino con la hoja de parra que el diarismo estrafalario de sus seides, puso sobre el oprobio de su bestialidad;

de los estudios fiscales que contiene el

libro de Pérez Triana, se desprende una ruda lección para don Jorge Holguín; que queriendo hacer el Moltke de las Finanzas de Colombia, no logró ser sino el Pyrrus del Desastre; un Pyrrus lamentable y grotesco, del cual cada batalla era una derrota, y cada derrota un río de sangre hecho oro que se escapa del corazón de la República;

la Improbidad, que fué el lema coccobolesco en las finanzas, fué suave y gravemente denunciada, por la prosa fiscal de Pérez Triana.

Coccobolo y Compañía hicieron la liquidación de la patria;

a detener esa quiebra fraudulenta, o a denunciarla al menos, tendía el libro de Pérez Triana;

nada detuvo la caída del muro que él quiso apuntalar con mano de sabiduría;

el Abismo ha abierto sus fauces enormes y no soltará su presa; devorada será;

cuando un pueblo ha muerto, nadie disputa su cadáver, y todos se disputan su herencia;

el libro de Pérez Triana, es la *Oración Fúnebre,* del Crédito Nacional;

ya que no puede salvarlo con los esfuerzos de su talento, cumple el triste deber de amortajarlo con las rosas de su elocuencia;

su libro guarda una tristeza imperfecta, que hace pensar las almas;

no es un libro de pasión, ni un libro de oposición; es un libro de reflexión;

sereno, como la melancolía que se apodera del ánimo, en la hora de las grandes liquidaciones;

el libro, no matará al Monstruo;

el Monstruo lo devorará;

rió y reirá con una risa innoble, que será la mueca de su cólera;

y, el elocuente delegado a la Conferencia de La Haya, vió la inanidad del esfuerzo contra la fuerza, en un pueblo que cerrados los ojos al porvenir, consiente en que el pasado lo devore;

un pueblo así, no merece ningún esfuerzo;

ni el de redimirlo, ni el de matarlo.



R. Palacio Viso

Abro el libro de un Poeta;
armonías misteriosas y serenas melodías,
aquí vibran;
como el arpa de David, ellas calman los
delirios de la mente; e iluminan con ternura,
las penumbras dolorosas de la Vida;
¡bellos libros, olvidados por el tráfago in-
cesante de los días!...
en mis manos tiembla ahora;

y, me dan ese perfume, de las cosas delicadas ya remotas;

¡viejas rosas deshojadas, en el seno del Silencio!

sus perfumes son a esta hora, más queridos, más intensos;

este libro de Poeta, alto y fuerte, me recuerda horizontes ya lejanos de mi muerta juventud;

es un lienzo iluminado, por el viejo sol poniente, del Recuerdo;

¡perspectivas encantadas de la patria, ya perdidas para siempre!...

los perfiles luminosos de los montes, que se esfuman en las vagas lejanías;

las turquesas de los cielos, los circundan con sus combas infinitas;

y, la sombra opalescente y violácea, de las

selvas tan profundas... donde duermen grandes ríos, que semejan hondos mares despeñados de los senos taciturnos del Abismo;

bellos campos florecidos de silvestres margaritas; la esmeralda de sus frondas, se estremece al reir de las zagalas;

el suspiro de la tarde, perfumado de geranios, va sembrando ópalos tristes, en las blondas desnudeces de los campos;

todo canta en este libro, fuerte y bello;

multiforme;

en el fondo ríe Voltaire;

y, ¿el fauno ebrio que allí canta? Rabelais;

y, ¿esas manos canónicas que bordaron esa estrofa?

las de Góngora;

¿quién asoma el rostro astuto, tras las alas de ese verso?

pues, Quevedo;

viejas pompas castellanas de la lengua, como lucen sus tocados arcaizantes y brillantes, llenos de una aristocracia principesca, en las páginas ya doctas, picarescas, o brillantes de este libro;

de la vieja poesía, Reina exilia y ya provecta, toda el alma se pasea en los jardines, sabiamente cultivados por la mano cuidadosa de este clásico hortelano de la Rima;

mucho jugo, de los pámpanos antiguos de Castilla; sus dos leones se dirían que están ebrios con el zumo de esa vid;

¿es la sombra ensotanada, del gran Lope, la que pasa en ese punto obscuro del jardín, Breviario en mano?

tal vez es Santa Teresa, que se inclina

sobre un lirio y lo deshoja, para enviar entre sus cartas, a San Juan, el de la Cruz, ese pétalo ya trunco, donde fueron de sus labios las caricias...

de sus labios, fatigados de besar el Cristo inerme y decirle con coraje, los decires de su amor;

hay de pompas versallescas y jardines de Wateau, también allí;

viejas damas empolvadas, y marchitas por el vicio, y señores pelucones de alta estirpe libertina, forman cuadros boccacianos, donde se oye alacremente el chispear de sus ingenios;

los abates presumidos, y los pálidos efebos, dicen cosas a las damas; y se inclinan sobre el nácar de los senos;

y, las ánforas de Hebe, se estremecen;

tras los tersos abanicos, brota un huerto de sonrisas;

¿quién perturba esos idilios?

¿es el canto de Cirano?

¿es la espada de Artagnán?

pasa el Rey...

. . . .

. . . .

De la Italia, vienen ahora, esas rimas musicales;

son de *Fiesola,* los campos y el verdor de sus olivas;

son las rosas de *Sorrento,* lujuriosas como bocas, donde el beso del pecado puso el sello abrasador;

esas rosas, que sonrieron, en la cuna al Tasso niño, y lloraron a su paso, cuando viejo y ya demente, sus estrofas les cantaba,

con un gesto de guerrero y vencido trovador;

son de *Orvieto,* los racimos de esa parra.

Metastasio canta allí; gandul ebrio, con el vino del Sagrario;

y, Boccacio, le sonríe desde el huerto conventual;

vienen olas del *Egeo,* al remoto mar latino;

y, hay la sombra del *Pireo;*

y, los soles del *Atica* fulguran;

y, las nieblas del *Támesis* se elevan como un velo de Tedio;

no las amo; las silencio;

cierro el libro;

pienso y sueño;

libro raro, libro bello;

hoy, después de tanta angustia, la armonía de sus versos, mi letargo ha disipado;

¿qué música suena en ellos?

la música sin palabras; la música del recuerdo;

la de todo lo lejano, de lo ausente, y de lo muerto...

¡juventud que fué perdida!...

edad fuerte, ¿qué te has hecho?

la vejez, toca a mis puertas, y los males en acecho;

cae la noche;

canta el mar;

y, en la sombra llora el cielo.



Manuel A. Matos

Yo no sé, si los venezolanos, comparten una admiración mía;

estaría celoso de que así fuera;

yo quisiera que esa admiración me perteneciera exclusivamente, y estoy seguro de que así ha de ser.

¿Sabéis, cuál es mi admiración?

yo admiro hasta el fanatismo, a Mano-

lo Chirino-Matos, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela:

¿qué queréis?

eso es en mí una *folia*, como otros tienen la *fobia*, de ese viejo tendero, archifastuoso y teatral;

yo, admiro a Chirino-Matos, en el mismo grado en que admiro, a los loros, y, a los monos; como la más perfecta caricatura del hombre, sobre la tierra;

es verdad que amo más mi loro, porque habla con más propiedad que Chirino; y, amo más mi mono, porque guarda en sus maneras, más compostura que Manolo-Matos;

pero, eso no quiere decir, que entre los animales hilarizantes, polichinescos y divertidos, Manolo Chirino-Matos, no ocupe

en mi admiración, un lugar, muy preferente;

en nuestra política, abigarrada y multicolor, yo no conozco nada más divertido, que este mulato, viejo y perfumado, con sus maneras de cocinero de casa grande, y sus melenas de Cristo de Pasión, en pueblo chico;

lo admiro como animal pintoresco, más allá de toda admiración;

y, nadie, ni nada me curará de este fanatismo manolesco y chirinesco, digno de todos los castigos, pero, que produce en mi ánimo, la voluptuosidad de una cosquilla;

en temperamentos hoscos, y un poco esplinéticos, como el mío, esos seres así, ciprianescos y clownescos como Matos, pro-

ducen un efecto maravilloso de apaciguamiento, porque la risa es sana, la risa salva;

en esas horas, en que todo llora en nosotros, el Pasado y el Presente, y los jardines interiores, y los paisajes exteriores, se hacen tristes, como bajo una misma lluvia de recuerdos, la aparición de un ente así, como Manolo Matos, es un encuentro de un valor inapreciable, que os invade de una alegría loca, y, desbordante, os da un inmoderado e incontenible deseo de reir, y os torna de súbito en alegres, todas las perspectivas entristecidas, y os borra como con una esponja de gozo, todas las pasadas melancolías del corazón y del cerebro;

estos seres, son como el Arco-Iris, del

Ridículo, que anuncian el momentáneo fin de la tristeza, en los horizontes siempre tediosos de la Vida;

en cuanto a Manolo Matos, él, es, el Elíxir Maravilloso, contra el Tedio;

la farmacopea política venezolana, no registra otro Específico igual, contra el aburrimiento de la Vida;

la figura de Manolito, el CANCILLER NINON, sería capaz de hacer reir, la estatua del Comendador, apostrofada por don Juan;

yo creo, que cuando Chirino-Matos, muera, al llegar con él, al cementerio, se escuchará un rumor de carcajadas sonar en todas las tumbas; serán los pobres muertos, asaltados de un acceso de hilaridad, y que al fin tienen un momento de diver-

sión en la imperturbable Eternidad de su reposo;

la política, sería de una tristeza agotante, sin protagonistas, así como Manolo Matos;

¡oh, la gratitud que debemos a estos queridos fantoches, con sus gestos menudos, que hacen reir la crónica, ya que con sus antenas de insectos, no pueden esbozar grandes gestos que llenen el escenario de la Historia;

el pobre Chirino-Matos, dígase lo que se quiera es un sér inofensivo;

lo grotesco, reside en dósis enormes, en el alma de este beocio, iletrado y, cándido, en cuyo cerebro, desprovisto de sentido común, no ha abierto nunca sus alas, la crisálida de una idea;

tiene una alma de bailarina vieja, con la mente llena de bambalinas y fanfreluches;

el cerebro de ese hombre, es un camarin de característica de zarzuela pobre, lleno de cosméticos rancios y tarros de pintura *a bon marché*;

con decir que a este cabotin desventurado, se debe el más raro descubrimiento militar de los tiempos modernos: el de la Vaselina, como instrumento de guerra...

seis docenas de tarros de Vaselina, fueron hallados en su equipaje, cuando escapó fugitivo de Coro, en no se qué revuelta, en que a sueldo de los países extranjeros, intentó hacer una guerra, contra su patria, este adorable Coriolano de estiércol;

los técnicos militares, no pudieron explicar nunca, a qué usos *bélicos*, destinaba el fugitivo, aquel untuoso elemento...

no riáis al pensar que Manolo Chirino, fué una vez General; os aseguro que lo fué...

¡el *General Matos!*

la unión de esos dos vocablos, no os suena a algo así como a música de los Sobrinos del Capitán Grant?

sin duda, porque Manolito Matos, y la idea del vaudeville, son inseparables.

Manolito, es una figura, hecha para el «Simplicisimus» de Berlín, con su aire de Chamberlán, de uno de aquellos Serenísimos, que la «Mascota» había inmortalizado en Lorenzo XVII, mucho antes de que el «Jugend» y la caricatura alemana,

les diesen tan ruidosa y alegre popularidad.

Este CANCILLER NINÓN, bajo su uniforme de Ministro, debe tener el mismo aire terriblemente jocoso, que bajo su uniforme de *General*;

épatant, mes chers, épatant;

¿por qué no me ha sido dado la ventura de contemplarlo así, a mí que soy su admirador?

esa ventura, como la de oirlo perorar, me ha sido negada por la suerte avara.

y, moriré sin esta alegría, que ha fatigado tantas mandíbulas, en acceso de risa estrepitosos...

porque habéis de saber que Manolo Chirino habla;

su charlatanismo jocoso, y medio bozal, que es lo único que conserva de su antigua profesión de barbero en la Guaira, dicen que adquiere un relieve admirable de ridículo, cuando toma aires de solemnidad, en sus labios de negro catedrático, que dirían en Cuba;

su pomposidad de guajiro empenachado, virgen de toda noción oratoria, sería capaz de hacer reir las selvas, habituadas al grito de los loros;

en cuanto a sus desgraciados contemporáneos, que lo han oído, ellos recuerdan, que una vez en la sala del Congreso Nacional, cuando hablaba Matos, se sintieron sorprendidos, por una inexplicable lluvia que caía de los techos cerrados;

¿qué misteriosas goteras se habían abierto en los cielos rasos, vírgenes de toda hendidura?

¡ay! era que los caballos, pintados por Michelena, en el plafond, únicos que habían comprendido el lenguaje de Matos, se habían sentido enfermos de incontinencia urinal, y se hacían agua a fuerza de reir;

a ese hombre extraordinario, cosas extraordinarias le suceden, entre sus semejantes;

acaeció, que perorando una vez, en la Plaza Bolívar, al terminar su discurso, el caballo de la estatua del Libertador, relinchó para aplaudir;

el fraternal homenaje, no satisfizo a Matos, que trató de hablar, desde entonces,

lejos de sus cariñosos admiradores, porque aspira a ser comprendido por los hombres, este heróico Chamberlán, hecho para ser contado por La Fontaine y Samaniego;

pero, si Manolito Chirino, no es orador, Manolito Chirino, es un escritor, capaz de hacer amarillear de Envidia, los restos aún insepultos, del Señor Tello-Mendoza;

todo epíteto palidece, cuando se tropieza con la prosa umbilical de este Canciller de la Rehabilitación, empeñado en plagiar y en deshonrar, la prosa ciprianesca, que dió a Castro, en el Poder, tan extraña nombradía;

y, como la América, está privada de la gloriosa eventualidad, de conocer la pro-

sa matesca, refugiada por hoy, en la escabrosa solemnidad de las notas oficiales, yo, encargado de revelar y popularizar en América, esta gloria maestra, aún inédita, que es Manolito Chirino Matos, me cuelgo al primer jirón de su prosa adorable, para entregarla a la admiración de los que sean capaces de comprender, las bellezas de esta literatura malgacha, bastante á hácer llorar de ternura, todos los orangutanes retardatarios de las selvas de Mozambique, que verán con orgullo en esa prosa, la expresión aún imperfecta de su dialecto incomprendido;

y, para eso, hago uso de una «Circular» que felizmente llega en copia a mis manos, y en la cual, S. E. el CANCILLER NINÓN, se encarga de expec-

torar solecismos, a sus Cónsules estupefactos;

escuchad esta prosa espumeante y humeante de bestialidad, e inclinaos ante esta aparición de la Ininteligencia Absoluta, ante esta especie de cometa de las barbaridades, libre y enloquecido, sobre los cielos del más petrificado cretinismo;

dice Manolo.

«Usted, no debe olvidar, Señor Cónsul, *que la carrera consular es una ciencia hermética;* y no debe por lo mismo prestarse a interviews, con periódico alguno de la localidad»;

¿conque la carrera es una ciencia, eh?...

¡y, nada menos que hermética! ¡la Ciencia del Silencio! *¡Caveant Consules!*

dice Chirino;

«nuestro *pasado espectante*, nos ha enseñado que es preciso regularizar esa carrera»;

¿qué entenderá Chirino, por un *pasado espectante?*

aquí, el dinamómetro de toda conjetura se rompe;

y, más abajo aulla Matos: «Nuestra ciencia comercial, demanda vuestro *concurso de fecundación*, para esta obra;

¡un concurso de fecundación! he ahí un concurso que a nadie se le había ocurrido abrir antes de Matos.

Señores Cónsules: ya lo sabéis, concurrid al concurso, Matos quiere ser fecundado;

¿creéis que hemos acabado este calvario de la gramática y del sentido común?

os engañáis de medio a medio; Manolito es inagotable; oidlo aún.

«La *situación paradojal* en la cual, se ha encontrado el *elenco consular* hasta hoy, por *falta de consistencia,* fuerzan a *este mi gobierno* a *crear nuevos* Cónsules, con el *título de carrera,* para poner con ellos los primeros jalones de nuestra *diplomacia exterior ;*

¡vaya *cardo!* como dicen los andaluces;

ven acá Manolo adorable, ven acá, has culminado ¡oh! monumento de genio mujidor y escribidor, que tu boca no se cierre, ni tu pluma se fatigue de deshonrar la palabra!...

Manolito Superlativo; Chamberlán monumental; eres una criatura aparte, la más

rara vegetación nacida en las asentaderas de la humanidad;

oye Manolo, voy a soltarte, pero no quiero terminar, sin hacer saber a la América, cómo firmas tú, ¡oh! vetusto y riente molusco galoneado;

termîna la circular matera así:

«*Ordenando* a Vd. una pronta *acusación* de esta nota; se suscribe de usted atento S. S. EL GENERAL MATOS;

pero, *eso* como firma, y al pie de una nota oficial, desconcierta toda crítica;

en ese mar de ridículo, se ahoga todo comentario;

yo, prescindo de hacerlo;

¿qué dirán los colegas estupefactos de Manolo Matos, en las otras cancillerías de la América latina?

en cuanto a las de Europa, me consta que tienen tan justa idea de nuestro atraso mental, que un hombre así como Matos, pintoresco y churrigueresco, con aires de Mariscal Haitiano, les parece el producto más natural de nuestras zonas, por más que Manolito, rompa el molde, alambicado de los simios cancilleres del difunto Emperador Soulouc;

viendo recientemente, una, Patente de Cónsul, firmada por Chirino Matos, en esta forma. REFRENDADA — *El General Matos,* un jefe de Cancillería, preguntaba a un americano, con una ironía desnuda de toda sutilidad:

mais est-ce que lá bais il n'y en a pas plus que de généraux mattos? (1)

(1) En italiano, matto, quiere decir loco

mais non, il y en a même quelques hommes sérieux, le dijo el otro;

el Jefe del Negociado, sonrió maliciosamente, y, no fué posible convencerlo, de que en Venezuela, había aún muchos hombres serios; quedó convencido de que todos eran *mattos*;

¿habrá quién después de leída la Circular, transcrita, o de ver cualesquiera otras formas de producción matista, se atreva a negar que la Cancillería venezolana, intelectualmente hablando, es lo *más notable* que hay, en nuestra diplomacia americana?

Matos, representa una aristocracia; la del Ridículo;

sin arrancarlo de esa aristocracia, yo lo introduzco en la República de las Letras;

su cabeza de grulla estática, hará gran sensación allí;

ese viejo pavo, no ha escrito nunca, pero, ha graznado siempre las más destempladas absurdidades;

os he hecho oir uno de sus graznidos más inocentes;

en la época feliz en que le ha tocado actuar, en su corral nativo, él tiene derecho a abonar con su estiércol literario, *el verde valle que lo vió nacer;*

todos, hasta la canalla mental, tan rica en Matos silvestres, reventarán de risa, a la aparición de este pavo vetusto petrificado en las cimas de la más indecorosa Imbecilidad;

su época, no lo ha revelado al mundo; lo ha escupido sobre él;

no creáis que este abyecto aborto literario, represente un momento mental de su país;

representa simplemente una época oficial;

y, nada más.



Cipriano Castro

¡Pobres poetas de América!

no ganan para sustos;

cuando no les sale un enemigo furioso, como el pacífico e inenarrable General Uribe Uribe, les sale un rival terrible, como el no menos heróico General Cipriano Castro;

escapados apenas a la excomunión que el *automóvil verbal* de Coccobolo, lanzó con-

tra ellos, en una de sus epístolas—terribles como el desierto, por lo largas y, lo vacías—cuando he ahí, que Ciprianito, vomitado por Venezuela, sobre Europa, no pudiendo llamarse ya Dictador, se llama pura y, simplemente: *Poeta;*

sí; el genio poético de Ciprianito, florece en el destierro, al lado del rosal de su nostalgia;

la Poesía, para enriquecerse de este prodigio, ha necesitado que la política, lo arroje de su seno;

desterrado del Capitolio, Ciprianito aspira a trepar al Helicón, siquiera sea en calidad de Pegaso; todas sus cuatro patas se estremecen de júbilo a esta sola idea;

¿cómo ha podido el mundo, imponerse

de este voto conmovedor de Ciprianito?

por un reportero francés;

en un interview con él, Ciprianito, después de recitar muchos versos, dijo al reportero, admirado de que aquel hombre se supiera de memoria la Antología venezolana:

—«*No se sorprenda usted, es que si yo no hubiese sido lo que soy: habría sido Poeta, y, a veces hago versos...*

¡HORRESCO REFERENS!...

gracias, ¡oh mi Destino! ¡gracias de que yo no soy poeta;

es verdad que hice versos en mi primera juventud, pero tan malos, que si no existieran los de Bobadilla, los míos serían los más malos que se han escrito en español;

curado de este mal, puedo decir con toda verdad: *yo no soy poeta;*

así, no estoy amenazado de la fraternidad literaria de Cipriano Castro;

hay gentes que no pueden hacer nada mejor contra la Poesía, que ejercerla; no se puede emplear mejor venganza contra un arte que deshonrándolo.

¡Ciprianito poeta!...

a la altura a que está la poesía, en ciertos medios, la pretensión de Ciprianito, no es exagerada;

es verdad que él, no habría sido un Poeta a lo Dante, Goethe, Shakespeare, o Hugo;

pero, sí habría sido uno como Bobadilla en Cuba, Delpino y Lama, en Venezuela, o Forero Salazar, en Colombia;

no necesitaría gran esfuerzo para igua-

lar y aún superar a Bobadilla; en cualquiera *poesía* del «Vórtice»;

o decir, como Delpino y Lama, en los *versos* de su coronación:

«Salve chiruli del Guaire
que en una mesopotamia de cantores
fuiste, un ruiseñor que *echa* aire
tu desgaire, me *torturéa.*»

o, como Forero Salazar:

«En hacer una paloma
hay mucha facilidad,
pero, en hacerle el pico y que coma
ahí está la dificultad.»

sí; ahí está la dificultad, en hacer versos como esos; pero Ciprianito los habría hecho;

felizmente, que esta, genialidad, no le dió a Ciprianito cuando era Amo de Venezuela, porque si se le ocurre entre todos los otros, este monopolio del disparate en verso, arruina como a un turco desválido, a Gonzalo Picón Febres (padre);

afortunadamente, la *gloria* de este gran poeta, no ha sido aún emulada por Ciprianito, y, la América, vela por esa *gloria* esperando tener conocimiento de la existencia de ese genio;

yo, lo revelo al Continente, al lado de Ciprianito; es una justicia que se le debe; la escuela de Delpino, no muere sin sucesores; y, creo que esta revelación, hará regocijar las bellas letras, tanto como la aparición de Castro en Poesía;

estos dos autores, tienen en Venezuela,

la satisfacción de ser los únicos que no tienen plagiarios; ¿quién sería osado de disputarle sus producciones?

ese es el sólo valor que ha faltado a los venezolanos; y, es, que se necesita más valor para afrontar el ridículo, que para afrontar la muerte;

yo, no me fatigaré de excitar la juventud, a que lea esos dos poetas; es verdad que Castro, no ha escrito nada, dando con eso una prueba de superioridad sobre el otro; después de leído éste, se verá que ha imitado servilmente y ultrajantemente a Castro; no ha escrito tampoco nada.

Castro, no puede ser robado en Poesía, pero se conforma con robar; es una cosa invencible en él; ni los poetas, se le escapan;

os diré una anécdota, que os hará ver la cleptomanía literaria del Castro, única que hoy le queda por ejercer;

era en los días del matrimonio del Rey de España.

Gumersindo Rivas, que hacía entonces un viaje ostentoso y ruidoso por Europa, no podía faltar de ir a las fiestas reales, y, fué, y no es absurdo suponer que sin invitación ninguna;

llegó a Madrid, manifestó al Cónsul General de Venezuela, el deseo de verme;

ambos hallaron lejos mi casa, por m... que estuviera situada en el Barrio de Salamanca, y, me buscaron en un Hotel de la Puerta del Sol, donde yo comía;

aquel día, almorzaba yo con Palacio-Viso;

cuando entraron Gumersindo, y mi colega el Cónsul General;

mis relaciones personales con Gumersindo, son ya antiguas, y las hemos conservado a través de todas las vicisitudes de la política, por ser absolutamente superficiales y ceremoniosas.

Gumersindo, podrá ser abyecto, pero no ha sido nunca malo; y la abyección de su periódico, no es toda imputable a él; ¿son de Gumersindo todos los ditirambos escritos a Castro en el «*Constitucional*»?...

¿eran portorriqueñas las plumas que allí degradaban la Prensa, prestándose a los más bajos menesteres?

¿eran portorriqueños los que allí deshonraban la palabra, poniéndola de rodillas?

Gumersindo, venía de Venezuela, y eso

hizo que me fuese agradable verlo; no así le sucedió a Palacio-Viso, que en su calidad de descendiente de Bolívar, no perdonaba al Redactor del «*Constitucional*» que haya comparado a Castro con el Libertador.

Gumersindo, habló de lo que él podía hablar: de *su* periódico, de *su* automóvil, de *su* querida, de *su* prestigio, de *su* amistad con Castro; con el *Jefe*, como él lo llamaba;

y, para mostrar la deferencia especial de Castro por él, díjome:

—Me estima tanto, que ya al venirme, me dijo: Gumersindo, dame un papel para escribirte un autógrafo. Le dí el papel y me hizo este verso;

y, Gumersindo, me alargó un papel, al-

go sucio, por las peripecias del viaje y de la exhibición;

en el papel, escrito de puño y letra de Cipriano y con el título: *Improvisación para mi querido Gumersindo:* había este verso:

«Estos bigotes que veis,
mucho la patria les debe:
los ha chamuscado el fuego,
los ha cubierto la nieve.»

doblé el papel, y se lo devolví a Gumersindo, repitiéndole la estrofa.

—¡Qué memoria! ¡qué memoria! dijo éste.

—Ya lo creo que es memoria, respondile, pues esos versos, los aprendí cuando tenía ocho años, y, no los he olvidado todavía.

—¡Cómo!

—Sí, hombre, esa es una composición de don Ricardo Carrasquilla, llamada «El Granadero» y, la cual saben hasta las piedras en Colombia.

—¡Pero, el General!...

—El General, que ha pasado casi toda su vida en Colombia, se aprendió esos versos, y lo ha mistificado a usted con ellos.

Gumersindo calló y, la entrevista tuvo fin;

poco tiempo después, aquí en París, un gran poeta amigo mío, que sabía la mistificación, me dijo, desternillándose de risa, que esos versos los había visto publicados en francés, y con el nombre de Castro, por las asiduidades de Gumersindo;

así ejerce Castro la Poesía; así, con los mismos métodos que el Poder;

¿qué será del Parnaso si se dedica a ella?

si se dedica a robar versos, todos los poetas de América, deben ponerse en guardia;

pero, si se dedica a escribir versos, sólo Bobadilla debe temer la competencia.



Emiliano Isaza

Hacen mal los *putumayos* en acusarme de falta de patriotismo, porque yo no amo el poder de Coccobolo y no declaro que Coccobolia (1) va a la cabeza del mundo civilizado:

esa acusación, y la envidiable impopularidad, de que gozo en Coccobolia, me entristecen hasta las lágrimas;

(1) Este fué el nombre con que Vargas Vila, distinguió a Colombia, durante el despotismo salvático, de Rafael Reyes (alias Coccobolo).

la idea de no ser amado de mis compatriotas coccobolantes, y, aún de aquéllos que no lo son, ensombrece mi ánimo, hasta el grado de inclinarme resueltamente hacia el suicidio...

no compartir la popularidad con Coccobolo, Rafael Orduz, Carlos Arturo Torres, Lorenzo Marroquín, y Esteban Huertas, me apesara hasta la desesperación;

este pesar, comienza a dar al traste con mi salud, y acabará pronto con mis días, si la Virgen de Chiquinquirá, o la de otra advocación por el estilo, no hace el milagro de devolverme el amor de mis conciudadanos, que ha sido el sólo sueño de mi vida;

y, sin embargo, la idea de morir como aquel Gran Traidor, que fué don José Ma-

nuel Marroquín, rodeado del amor y del respeto de mis compatriotas, no es mi aspiración;

lo digo con franqueza;

yo, no he hecho méritos para esa muerte;

yo no tengo embocadura, para esa clase de *gloria*...

la Traición, me es antipática;

el Despotismo, me es odioso;

persisto, en amar la Integridad Territorial, de la tierra en que nací;

no me siento capaz de venderla;

no soy bastante vil, para ser amado de mis compatriotas; ni seré nunca bastante servil, para tolerar los amos de ellos;

¿cómo queréis, que en esas condiciones, puedan amarme?

para consolarme, de este desamor, que

será mi muerte, suelo a veces volver mis ojos, hacia el Arca de Noé, es decir, hacia el Gobierno de Coccobolia, y me distraigo con los gestos y con los gritos, de los animales pintorescos o inmundos, que en ella llevan plumas, en las manos, o en el sombrero;

y, hay entre ellos, uno, que me divierte enormemente, y es el hipopótamo, es decir, don Emiliano Isaza;

ese paquidermo, ventrudo y mofletudo, ahito de adverbios y de hostias, es de toda mi predilección;

ese anfibio, inofensivo pero taimado, con sus gestos de liturgia asnal, tiene el privilegio de apaciguar mi ánimo, sobreexcitado por la visión de las garras sangrientas de Coccobolo, el tigre insatisfecho, los

discursos kilométricos de Uribe Uribe, el papagayo del Arca, o los gestos impúdicos del mono Holguín, polucionando de ridículo, todo cuanto le está cerca.

Don Emiliano Isaza, en quien hablar, es solamente una función laringea, ajena a todo trabajo cerebral, toma a veces la palabra, como tomaría cualquiera otra cosa, y, nos favorece con unos discursos, que el mismo Coccobolo, se queda tamañito, en su oratoria de pesebre;

la elocuencia de todas las especies, refugiadas en el Arca, se suma y se esfuma, en los labios violáceos de aquel mamífero, sonoro y plácido, capaz de abonar por sí sólo, todas las islas del Pacífico, reduciendo a nada, la fabulosa producción del guano;

ese hombre, no lava las caballerizas de Augias, pero las llena;

no es, de su oratoria pastosa y pantanosa, de artiodáctilo, que quiero hablar, sino de su literatura oficial, uno de cuyos más bellos troqueles, cae entre mis manos;

son sus prosas presupuestívoras, las que me encantan.

Don Emiliano, se hace la ilusión de creer, que además de vientre, tiene cabeza; da con ella en el muro, y se la exprime, con el solo designio de escribir;

¿qué de raro, puede tener, que don Emiliano, aspire a ser escritor, en una época y en un gobierno, en que Coccobolo, es reputado tal, y don Jorge Holguin, se disputa con Marcelino Vargas, la palma de la Intelectualidad?

Don Emiliano Isaza, es gramático, y eso quiere decir, que don Emiliano Isaza, es un Gran Hombre...... en Colombia;

porque en aquel país, la idea de la Gramática, y la de la Grandeza, son inseparables;

es por la Gramática, que allí se llega de un vuelo, a la celebridad;

y, es por ella, que han llegado, los más ineptos de los hombres al Poder;

sed un cazador de adverbios, y, seréis allí eminente;

dedicad vuestra vida a coleccionar palabras, haced un Diccionario, y aunque lo dejéis incompleto, después de cuarenta años de labor intermitente, y hayáis sido estériles para la Libertad, sin valor siquiera para serle funestos, indiferentes a los pro-

blemas, y a los dolores de los pueblos, petrificados en un egoismo miope, os declararán la más alta gloria, no ya de Colombia, que fuera poco, sino del Mundo...

haced una Ortografía, y, el cretinismo nacional, o el analfabetismo de los pretorianos ébrios, os llevarán al poder;

haced una Gramática, y seréis de súbito Ministros;

por esa escala de la Gramática, subieron al poder, Caro, que fué un tirano letrado, que se conformó con oprimir su patria, y José Manuel Marroquin, el tirano vil, que cansado de oprimirla, resolvió venderla;

y, por la Gramática, don Emiliano Isaza, entró en el pantano ministerial, y vive en él;

pero, no todas las coces, ni las cosas de don Emiliano, van hacia el Diccionario, ni hacia la Gramática.

Don Emiliano, se ocupa también de Instrucción Pública!...

porque habéis de saber que Coccobolia, tiene Instrucción Pública;

y, don Emiliano, es su Profeta;

¿queréis formaros una idea, de los *adelantos* de la Instrucción Pública, en Coccobolia, bajo la omnipotencia de don Emiliano?

leed, la Revista del Ramo, de la cual tomo al azar, las siguientes rosas, caídas del testuz *emilianesco*:

Decreto por el cual se concede un privilegio a la Universidad Nacional regentada por los Reverendos Padres Jesuítas.

Reproducción de la Bula, en la cual el Papa, permite comer carne a los alumnos, durante la cuaresma, si están en víspera de examen.

Decreto, declarando vacante una beca, en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, dirigido por el Reverendo Padre Camargo (por haber demostrado el alumno tibieza en los ejercicios religiosos del establecimiento).

Decreto, adjudicando una beca en el Instituto Salesiano, dirigido por los Reverendos Padres, ídem, y concedida al alumno Orjuela para alentarlo en su manifiesta vocación al sacerdocio, y su amor a la Santa Orden de Don Bosco.

Decreto, sobre el auxilio concedido al Colegio de María Auxiliadora, para la fabricación de su Capilla.

Idem, para el Instituto Teresiano, y la introducción de una pila bautismal (¿para qué?)

Idem, sobre auxilios al Colegio Lasalle, para el desarrollo de la Sagrada Institución.

Idem, sobre las condiciones precisas, para optar a beca, en la Escuela de Minería de San Antonio de Pádua: 1.ª SER HIJO DE PADRES CATÓLICOS Y PERTENECER A ESA MISMA RELIGIÓN. *Comprobante: la Fe de bautismo y una atestación del cura del lugar.*

Idem, reglamentario de la Institución Primaria, ordenando que se tenga primacia, para optar a la Dirección de Escuelas Superiores, y cualquiera Instituto docente del Gobierno, los sacerdotes, o seminaristas, con las primeras órdenes, sobre los Intitutores laicos cualquiera que sea su jerarquía.

y, os hago gracia de otros decretos;

así se divierte, amén de otras menos honestas diversiones, S. E. don Emiliano;

¿negaréis ahora conmigo, que Coccobolia prospera?

no sentís como yo, una ráfaga de contrición tocaros el alma, al ver la injusticia mía, y mi rebelde obstinación a confesar las excelencias de Coccobolo, los coccoboliatos y el coccobolismo, en todas sus manifestaciones?

si hay quien niegue aún el progreso de Coccobolia, que se acerque al estercolero cretinizante, que rebulle con su mano de fauno, don Emiliano Isaza, y si no se convence: ¡Anatematizado sea!

aprovechemos, esta ocasión, para rendir homenaje al Arca, y a sus huéspedes;

es de desearse, que el diluvio, no acabe nunca;

¿qué será del mundo si esos animales desembarcan?

en cuanto a mí, no le tengo miedo, ni a la zarpa de Coccobolo, ni a las pezuñas de don Emiliano, ni a don Jorge Holguin, colgado de la cola;

yo, no le tengo horror, sino al papagayo;

la sola idea, de un discurso de Uribe Uribe, me espeluzna;

aquellos flujos blancos de la barbaridad coccobolesca, me horripilan;

siento, que moriría oyéndolo;

moriría de risa, como aquel filósofo, que vió un asno comer higos en un plato.



Monsieur

Lleno de una candorosa fatuidad, y, de un cretinismo ultrasensible, he ahí, que *Monsieur*, entra en escena.

Monsieur, es, un Aristarco;

pero, un Aristarco, que hubiera nacido Idiota;

Monsieur, es un Imbécil;

pero, un Imbécil Ultra Atlántico...

lo cual agrava un poco su imbecilidad, sin embargo, mucho más soportable, que la de

los imbéciles mastodónticos, que padecemos aquende el mar, venidos directamente de las antillas remotas, con un Candil en la mano, persiguiendo sobre la tierra, su propia sombra de asnos pedantes.

Monsieur, es un viejo censor, centroamericano, feliz de su reputación local, y, locamente, ensimismado con ella.

Monsieur, es un adorno literario de su parroquia, y, sin duda, una gloria de su familia, si la tiene...

¡raza feliz!

pero, ¡ay! *Monsieur*, es un inédito, fuera de los límites estrechos de su solar nativo;

eso hace inconsolable a *Monsieur*, y, lo hace irreconciliable contra todos los que triunfan, y, lo convierte en un invectivista feroz, contra todo lo que vale.

Monsieur, está atacado de *bobadillismo*, esa epizootía, que ataca a todas las bestias decrépitas, esa fiebre de la Envidia, que ataca a los fracasados, y, se traduce, en un odio ciego a todos los grandes valores mentales del mundo.

Monsieur, es, viejo, como la peste;

y, es él mismo, una peste... literaria.

Monsieur, es conservador.

Monsieur, es corresponsal de la Academia...

Monsieur, es clasicista.

Monsieur, es moralista;

y, por eso, *Monsieur*, se enoja, en nombre de esas dos cosas, vetustas y penerables: la Gramática, y la Moral;

¿contra qué, contra quién se enoja *Monsieur?*

Monsieur, se enoja contra «El Camino del Triunfo»; *libro corrompido y corruptor; manual de perversidades; en el cual, hay veneno bastante para intoxicar seis generaciones de hombres;*

y, como el «Camino del Triunfo», es una obra mía, *Monsieur,* se indigna contra mí, porque según él; *he levantado en el continente, cátedra de Inmoralidad;*

porque *Monsieur,* cree en la Moral, y, como todos los hombres que no la practican, la defiende con calor;

pero la Moral, en que cree *Monsieur,* es, la Moral católica.

Monsieur, no cree en la Moral hébrea, ni en la Moral de Confusio, ni en la Moral de Mahoma;

no cree siquiera en la Moral de Lutero;

la Moral seminonaria de *Monsieur*, es una Moral de Cura;

he ahí, por qué *Monsieur*, no ama el «Camino del Triunfo»: *calumnia meditada y tenaz, contra la educación que se imparte, en los seminarios católicos;*

y, he ahí a *Monsieur* que parte furioso y, embiste, contra la Estética, la Etica, y hasta la Política de mis libros, porque esta última, a su decir, es la más lamentable de todas, y, es, la que, *envenena* mis obras, con *una lenta pero segura infiltración de anarquismo mal disfrazado bajo sútiles elegancias;*

merci Monsieur...

Monsieur es, encantador...

¡mi pobre libro!...

¿parezco tener el aire de ir a engolfarme

en una polémica con *Monsieur*, a propósito de mis libros?

pues nada más lejos de mi intención ni de mis hábitos;

yo, no discuto, ni defiendo jamás, las obras mías;

y, no había de ser por la apolillada mediocridad de este filólogo decorativo y vetusto, que había yo de amnistiar el triste oficio de la Crítica, discutiendo con ella;

¡por Jove Capitolino, os aseguro que no;

conozco el percal de que están hechos estos críticos que se prenden a mis libros como si fuesen un aeroplano, con la avieza intención de elevarse con ellos;

única manera de ser vistos a distancia;

pero, yo, no secundo su maniobra, nombrándolos;

los dejó en tierra cariacontecidos y chasqueados, viendo alejarse el aeroplano vencedor;

eso, aumenta su Envidia, y agrava su tristeza;

lo cual me hace enormemente gozoso;

lo que es prendidos a mis pies, no ascenderán a los cielos de la Celebridad;

eso, no;

me reservo el derecho de escoger mis adversarios;

adversarios digo, y no críticos, porque un Escritor de ideas y de combate como yo, no tiene críticos sino adversarios;

la irreverencia sistemática de esos espíritus pecóricos por todo lo que es Fuerza y, es Belleza, por todo lo que es Personalidad,

es decir, Originalidad, y Unidad de una Vida y de una Obra, los hace encabritarse contra mis libros, en un gesto desesperado de Impotencia conmovedora;

para los topos debe ser horrible el tormento de odiar el sol y no poder destruirlo;

¡tan alto, tan luminoso, tan lejano!

estos papagayos del Diccionario, ébrios con el vino de su propio cretinismo, no son aptos sino, para repetir, deformándolas, las viejas lecciones académicas ya caídas en desuso, y, a profanar con sus manos de sepultureros, olientes a cenizas, las grandes rosas eternas, que el poder del Genio, hace crecer en las divinas soledades del Verbo;

esas ostras parlantes, adheridas a los viejos pontones del Clasicismo, y, del Roman-

ticismo, son incapaces de ver y de oír, nada de lo que fulge o suena, cerca a su ceguera y a su sordera, de moluscos petrificados;

no tienen, ni tener pueden, conciencia, alguna de los fenómenos ambientes que se desarrollan en el fúlgido y maravilloso horizonte que los rodea, en un atronador deslumbramiento de Combates;

las alas rojas de la Victoria, en las cuales hay el estremecimiento sagrado de los siglos, nada dice a su vegetación parasitaria;

no ven que todo vive, cambia y se renueva en torno de ellos;

que la Vida marcha, orientada hacia claros, amaneceres, llenos del infinito resplandor del Alba;

que el espectáculo maravilloso de las cosas humanas, es mudable e instable, como la superficie de los mares;

que el rostro de la vieja Verdad, se rejuvenece perpétuamente, en una inquieta y soberbia juventud de Diosa;

que los nuevos paisajes mentales, llenan las perspectivas de las almas;

y, nuevos sueños, decoran con sus vuelos inquietos los vastos horizontes de nuestros sueños interiores;

que las cimas de la humana mentalidad, se hacen cada día más vibrantes, más altas, más luminosas y más puras;

que nuevos dioses, han nacido sobre nuevos cielos;

pero, los viejos moluscos, nada ven, nada oyen, nada sienten, fuera del inextin-

guible rencor que palpita en sus corazones, sin auroras, con un ritmo impotente;

su ignorancia glutinosa, no tiene admiración sino para los lugares comunes de la vieja dialéctica escolar, las formas de dicción esquemáticas y, arcaícas, las vulgaridades descoloridas del estilo académico, los libros, las cosas, y, los paisajes sin alma;

el Artista, que ennoblece y, agiganta el aspecto cotidiano de la Vida;

el Visionario tenebroso, alto y profundo, con las dos alas de su espíritu, abiertas en cruz, llena el mundo de las almas, con el sagrado pavor de lo Desconocido;

el Indagador fascinante, y, magnifiscente, que lleno de la vasta y heróica visión del mundo de las ideas, se avecina en grandes vuelos líricos y pasionales a la Belle-

za Inmortal, y arranca las más puras rosas del Enigma, en el jardín cerrado del Misterio;

el Pastor luminoso de las praderas estelares, que lleva el rebaño orgulloso de sus frases, a beber su Inspiración, en la misma fuente de luz, en donde bebe el Sol;

el Innovador, que rompe la inmutable fijeza de los círculos de hierro, que aprisionan las imágenes en ataraxia marmórea y les da alas, y, las echa a volar libres, bajo los cielos de oro, de la vibrante fantasía, llenas de sonoridades;

el Revelador;

el Renovador;

el Genio libre;

o en una sola palabra:

el GENIO...

he ahí el destinado a los insultos de esa plebe del intelecto, mentalmente andrajosa y tumultuosa, vociferante en los bajos fondos de la Incomprensión;

a la furia de esos perléticos del espíritu, oscilantes entre la más crasa ignorancia, y, el más asalariado cretinismo;

¿vale la pena de reaccionar contra ellos?

¿de indignarse con ellos?

¿precaverse de ellos?

no lo creo;

la candidez infantil de unos;

el abajamiento óptico de otros;

el lamentable nivel mental de todos, los hace especímenes raros, inverecundos, pero inofensivos, de una especie de coleópteros ciegos furiosamente enconados contra la luz;

esta langosta mental, sin fuerza para ser voraz, no puede hacer mal, sino en los prados muy tiernos del Intelecto;

nada puede contra los grandes árboles de la genialidad, a cuya sombra se cobijan millares de espíritus pensantes;

esos sembradores de abyección intelectual, no pueden extraviar sino los espíritus muy jóvenes o muy débiles, prematuramente vetustos, los cuales pueden desconcertarse, alarmados por el ronco gritar de los unilaterales de la Crítica y del Sofisma, empeñados en enturbiar la clara visión de la Vida, y, llevar la actualidad y, la actividad literarias, hacia el obscuro pecorismo de las tradiciones académicas;

en cuanto a los escritores, a los proveedores de luz y de fuerza mentales, a los

conductores del Pensamiento contemporáneo, la ineficacia de ese Apostolado inferior contra la Libertad, y, contra la Belleta, resalta en toda su grotesca inutilidad;

por lo que a mí respecta y, a pesar de ser el preferido de sus diatribas, apenas, si como tema de distracción suelo ocuparme de ellos;

que yo sea en mis libros, genial o absurdo, fascinante u odioso;

que merezca ser quemado en la plaza pública, como se ha hecho en algunas partes, con mis retratos y mis libros; o merezca ser puesto en placas al frente de las calles, como se ha hecho en otras partes, para honrarme;

será el veredicto de la Posteridad, y, no

la mezquindad infuriosa del Presente, el que pueda decirlo;

el desdén por mi época, es la característica de mi Obra;

yo, no me ocupo de recoger sino de sembrar;

la cosecha, si la hay, crecerá sobre mi tumba, y, acaso, sus flores cubrirán más que adornarán la loza que la cubra;

un laurel, si es que lo han de coger mis manos, no serán sino las de mi esqueleto, saliendo por entre los intersticios de mi fosa;

yo, me conformo, por ahora, con los guijarros que me lanzan;

sería un espíritu muy débil, si la visión del Triunfo me deslumbrara;

¿no sé por ventura, lo fácil que me sería obtenerlo?;

pero ese Triunfo... ¿podría llamarse el Triunfo?...

triunfar sobre la decadencia de una época que puebla de ídolos de barro su Estadio Estético, como Roma en su decadencia, abría sus templos a las divinidades más absurdas, y, los poblaba con ellas; ¿eso sería triunfar?

sería yo el más ingrato de los hombres, si me quejara de injusticia o de desconocimiento de mi época hacia mí, hacia mi Nombre, hacia mi Persona;

no; ella me ha dado en renombre y, en celebridad, cuanto puede darse a un hombre, en Vida;

yo, no hablo pues, sino del triunfo de mis ideas;

de la derrota de mis ideales;

yo, no me quejo;

aludo;

aludo a la lentitud con que las ideas libertadoras, que han informado mi Vida y, mi Obra, toman plaza en los espíritus;

aludo a que de mis libros, se toma o se discute la forma meramente literaria, mientras las ideas vivificantes y vivificadoras que contienen, permanecen intocadas, inertes, y, son ahorradas sistemáticamente hasta de la diatriba adversaria;

y, eso, porque se tiene miedo de pensar;

aludo a que esos discípulos que se me conceden y los que tales se declaran, lo son de mi Literatura, y no de mi Filosofía, y menos aún de mi Política;

aludo a que se imita mi Estilo, pero no

se tiene el valor de imitar lo que hay de admirable en mí: mi Vida Pública;

aludo, a que el literato tiene en mí, más sectarios que el Político;

aludo, a que yo, que tengo tantos imitadores en Literatura, no tengo ninguno en Política;

¿a qué imitar la forma de mis libros, y, no imitar la esencia de mi Vida, es decir el holocausto de ella a la Libertad, mi actitud airada y heróica, incorruptible ante todos los despotismos?;

eso, sería glorioso;

pero, ¡ay! eso sería doloroso;

eso no lleva el Triunfo;...

yo, veo a diario, aparecer, jóvenes llamados a igualar y aún a superar mi Literatura;

pero, ¿dónde está aquél que ha de sucederme políticamente?

el Revolucionario Incorruptible, el Panfletario Inapaciguable...

¿dónde está?...

se tiene miedo al Insulto, al Destierro, a la Calumnia, a todos estos claveles rojos que yo he recogido, que hacen una corona triunfal en mi cabeza, y son mi Gloria;

he ahí el *por qué* de mis tristezas;

yo, no amo mi Obra literaria, sino porque ella, es una parte, o mejor dicho una forma de mi Obra política;

fuera de lo que contiene de ideas, yo no le tengo grande Amor;

es verdad que en mi Vida, el Arte y, la Libertad se han unido indisolublemente;

pero, yo, no amo mi Vida, sino por la parte que en ella he consagrado a la Libertad, que ha sido toda, porque mi Arte, no ha sido sino la más bella rosa de mi Pensamiento, ofrecida por mis manos a esa Diosa sin creyentes;

¿qué me puede importar que mi Literatura tenga sucesores, si el sucesor de mis cóleras, de mis odios, de mis anatemas, el Gran Libelista contra la Tiranía, no aparece?...

¿dónde está aquel Proscripto adolescente, que yo sueño ver aparecer coronado con los cardos del Insulto, glorioso en la fatiga del combate, flagelador y vengador, que ha de decirme: —Maestro, ya puedes dormir tranquilo el Sueño Eterno; yo, soy, la crisálida de tus ideas; el alma de tu

Verbo, está en mí; yo, tomo tu cayado; y, sigo tu camino; duerme, Maestro, duerme, el rumor que yo he de levantar arrullará tu sueño; yo, también haré cantar la tempestad;

sin la aparición de este David adolescente, ¿qué será de mi honda y de mi piedra, el día que la fuerza del brazo comience ya a faltarme?

el Triunfo de Goliath;

no tengo patria;

no tengo hogar;

y, el Crepúsculo asoma ya en el horizonte, con toda su negrura de cenizas;

moriré en el lecho de un extraño;

¿eso qué importa?

no he pedido a la Vida, sino un metro de tierra libre, en qué desplegar al viento mi bandera;

la Muerte, se encargará de darme, en quién sabe qué lejano lugar, los tres metros de tierra en que extenderme, para dormir mi último sueño, pacificado por ella, los brazos cruzados, ya inmóviles los labios, después de haber arrojado, mi última saliva, sobre el rostro del último de mis enemigos.



Rafael Reyes

Los tiempos, son mediocremente propicios a la ironía; hay demasiadas tristezas en el ambiente moral, para poder desalterar el ánimo, con los decires de una sana jocosidad;

pero, es la condición deplorable de esos despotismos sin grandeza, que nos agobian más allá del mar: unir el ridículo y el horror, en dósis inverosímiles;

lo bufo, adquiere proporciones heróicas,

en el hamidismo musulmán, de esas bajas satrapias;

la comicidad analfabeta, parecía agotada por Cipriano Castro, cuando he aquí, que según las nuevas hilarizantes que nos vienen de Colombia, Rafael Reyes, el super-hombre de «San Carlos» viene, no a hacerle competencia, sino a eclipsar por completo al despampanante Ciprianito.

Reyes, se improvisa orador, y despotricando a maravilla, en los campos vírgenes del relincho, llena con su sonoridad, los médanos costaneros, y los llanos super-andinos, donde la yeguada apasible de sus coterráneos, pasta y rumía en la calma abacial de esa dictadura turca;

¿no recordáis cuando meses atrás, Coccobolo, no hallando qué monopolizar en

el país, resolvió monopolizar la industria bananera, de la cual vivía tanta familia honesta de las comarcas del litoral, y bajó desde Bogotá para desposeer los legítimos cultivadores, y arrojarlos de sus hogares, lanzándolos de sus plantíos, a las salvajes intemperies de los desiertos y del hambre?

en la hora de ese despojo salvaje y moscovita, Coccobolo, se sintió tocado de elocuencia y con la audacia habitual del hombre primitivo, improvisó una *Conferencia*, sobre las excelencias del banano, y, las imperiosas necesidades del despojo;

fué a una cultísima y espiritual ciudad de la costa, a la que cupo la gozosa sorpresa de escuchar al bárbaro diletante, llamado por su estulta facundia a eclipsar las inagotables disertaciones del pacífico

General Uribe Uribe, sobre el banano, en relación con la bendita paz estomacal, que es el versículo inevitable de todos los sermones ambulatorios del *leader* verbal del coccobolismo;

uno de los chambelanes, que acompañaba a nuestro jocoso sacamuelas presidencial, había hecho para él, un discursillo más o menos anodino, y de seguro malo, esmaltado de los inevitables tópicos, sobre los beneficios de la paz, y las incalculables ventajas de la servidumbre sobre la libertad; pero he ahí, que el terrible bárbaro, sintiéndose inspirado, da de mano al emplasto chambelanesco, y tomando el freno de la retórica en los dientes, se desboca en pleno campo oratorio, como un potro joven, que ha sacudido el peso del jinete;

de aquel relincho oficial, no pudo dar nadie cuenta en los diarios locales, porque habría sido jugar la vida en nombre de la gramática, y, ese estéril sacrificio no atrajo el corazón de los diarios, todos encadenados al Silencio...

pero, un taquígrafo extranjero, perdido entre los concurrentes, había tomado al pie de la letra, la horripilante oración; y fué así, como diarios yankis la dieron al público, ávido siempre de alguna emoción hilarizante;

¿recordáis aquel párrafo en que decía: «el banano Señores, es la más alta expresión de cultura lateral que la Providencia nos haya dado. Nuestra tierra, tan rica en productos minerales, produce sin trabajo este arbusto sebáceo, llamado con

el café, a ser el Rey de nuestra agricultura cosmopolita y comercial, y, a abrirnos con su empuje las puertas hacia el mar, por medio del comercio estético, entre las criaturas humanas; única ley que rige el negociado de los hombres. Las necesidades sexuales, que imponen a diario el culto del banano, para la mejor armonía de la naturaleza, nos imponen el dedicarnos a su explotación en las profundas venas de la tierra, para no imitar así la *esterilidad que heredamos de nuestros* mayores, esterilidad que *engendró*, el culto de la guerra, que felizmente ha terminado para Colombia.»

Coccobolo, sobrevivió a ese discurso, y sus oyentes también;

he ahí, que Coccobolo, hace ahora, una

nueva plancha oratoria, si no más sonora, al menos más divertida que la otra;

en uno de los cien colegios religiosos, que infestan la Capital de la República, organizaron las monjas un festival, para obsequiar con él, a su *Excelencia* (mote, con que se distingue allí, al hombre de la selva, en virtud de un decreto, que un ex-liberal, hecho guarda *suizo* del coccobolismo, hizo expedir al serrallo legislativo en pleno).

Coccobolo, en su brutalidad, tiene algo de infantil; lo enamora la idea de ponerse en evidencia; toda fiesta lo deslumbra; su naturaleza selvática, tiene accesos de voluptuosidad, al contacto con la civilización; demasiado viejo para aprender a leer, se hace sin embargo leer por gentes de su

familia, libros de viajes, y narraciones de caza, que exaltan su imaginación; y exacerban su temperamento, dado a la aventura; tiene la pasión de la novela romántica y callejera de Montepín, y goza enormemente con ella; pero estas lecturas de *concierge*, que sus familiares le hacen, forma en su mente de viejo chimpancé, tal barullo, abigarrado e indescifrable, que lo enloquece, y es entonces, que él resuelve darle salida, ora en conversaciones con sus amigos, ora en confidencias para sus memorias, dictadas a un secretario, que luego, por pudor las extravía;

los jesuítas, que tienen ahí con el nonopolio de la enseñanza, el privilegio de la pillería, aconsejaron a las monjas, que para *epater le gogo*, es decir para echar pol-

vo a los ojos de S. E. le hicieran dirigir por una alumna, un discurso en inglés, aunque la alumna, supiera tanto, como S. E. la lengua de Shakespeare.

Coccobolo, fué avisado del honor, y del discurso, y encargó al Ministro de I. P. que es un borrego letrado, ahito de clasicismo español, pero virgen de todo idioma sajón, la confección de la respuesta;

este chamberlán de Lorenzo II, no se dió por vencido, y acudió a un colega, políglota de profesión, que ha aprendido todas las lenguas, para prostituirlas todas en la adulación, y, lo encargó de elaborar el Speech presidencial;

ensayóse a su excelencia en los misterios de la elocución; amaestrósele en la actitud oratoria; prohibiósele el grito cana-

llesco, y el gesticular de gañán que le son habituales; hízosele lección de compostura y, amaneramiento académico, y púsosele durante quince días, al trabajo de silabear, aún sin comprender, el sensacional discurso;

llegado el día, vistióse a su excelencia, cruzósele sobre el pecho la banda de la Orden Piana, sometiósele a la tortura de los guantes, y fué llevado, así como un retablo, al salón del Colegio en referencia; poblado estaba el recinto de curas y de damas; público obligatorio de estas fiestas; y, para que no faltara nadie, el elemento *intelectual* estaba representado por la Asamblea Nacional, sobre la cual, el fotógrafo del haren, enfocaba ya su terrible Kodak, dispuesto a hacer una plancha, por cada cabeza de ganado lanar, de

las que forman el rebaño parlamentario, sin exceptuar las no escasas de ganado vacuno, que pupulan en él;

pero, la gran plancha, no la iba a hacer el fotógrafo, sino el Presidente.

S. E. estaba en vena de discurso-manía, porque habéis de saber que Coccobolo, tiene el tic de los cuentos, y de las anécdotas; sin provocación ninguna, os dispara una anécdota, con la misma ferocidad, con la cual un mal poeta, os dispara un soneto; las cacerías inverosímiles, son el fuerte de Coccobolo; es hombre que para dar un pésame empieza por contar una cacería.

—Cuando yo estaba en el Putumayo...

y, ésta es su frase obligada, prólogo de todas sus anécdotas.

—¡Amigo mío! he pensado mucho en usted, con motivo de la muerte de su Señora. Cuando yo estaba en el Putumayo, una vez que *cazábamos truchas*...

y, por ahí, se desboca el Presidente, hasta parar en *su libro;* su libro, es una relación de cacerías, escrita por Juan Coronel, un negrito que murió loco en Chile, y que fué, una especie de avatar del doctor Castro Viola, su coterráneo, en esto de dignidad política, y en cuya alma de servidumbre, perdieron otros fotógrafos, las odaliscas parlamentarias de Coccobolo;

y, volviendo a éste, que después de fatigar a un padre carmelita, que le servía de auditorio, con la espeluznante narración de una *pezca* de *avestruces,* en los pantanos de la Mocoa; había ocupado su puesto,

echando ojeadas conquistadoras al bello sexo,—inofensivas desde luego en la ataxia locomotriz de sus sesenta y cinco años—escuchaba el discurso, que una niña bella, como la Inocencia, le endilgaba en una lengua que ignoraba, tanto como la vida;

el Ministro políglota, que hacía de maestro de ceremonias, había puesto sobre la mesa, una copia del discurso de la niña, para que el Presidente, la siguiera, y otra de la respuesta presidencial;

terminado el *Speech*, de la hermosa adolescente, le tocó ponerse en pie al Presidente; tosió, escupió, atusose el lacio bigote, y, tomando el primer papel que halló sobre la mesa, empezó a leer:

Ladies and gentleman's.

«Con el temor natural a una virgen me

presento ante vosotros. Mis pocos años, y mi inocencia me servirían de excusa si la debilidad de mi sexo no me amparase contra vuestras críticas.»

los miembros de la asamblea Nacional, que entendían tanto, de inglés, como el propio don Emiliano Isaza, o uno de los cien polizontes que rodeaban el sillón presidencial, rompieron en aplausos estrepitosos al oír la palabra *crítica*, creyendo que era una violenta invectiva que el Presidente, lanzaba contra sus contrarios, y, era necesario aplaudir, hasta romperse las pezuñas, unas contra otras, porque para algo, eran la *claque* sonora, del coccobolismo;

cierto liberal, clásico y, zumbón, único ser pensante de la Asamblea, con su altísimo intelecto, sintió renacer en sí, to-

do el espíritu picaresco de sus mejores años, se mordió el bigote, para no silbar, y golpeó con el bastón ruidosamente, como en sus buenos días, de estudiante universitario, cuando con Juancho Uribe, y el *negro* Cuartas, hacían palidecer los malos oradores de las Cámaras;

los frailes continuaron en oír, medio dormidos, el discurso, sin parar mientes en eso de la virginidad del Presidente, ni de la debilidad de su sexo, porque no lo entendían;

pero, el profesor de inglés, el Ministro políglota, los diplomáticos, y otras pocas personas, que hablaban inglés, no salían de su asombro, oyendo aquel desbarrar, al cual no podían servir de pretexto, *los pocos años y la inocencia* de ese tigre, hecho de

súbito virgen y blanco, como una primera comulgante;

el Ministro que comprendió el error que el Presidente había cometido, tomando para leerlo el discurso de la niña, y no la respuesta escrita para el caso, quiso subsanarlo tirando a S. E. de los faldones del frac, como quien dice del rabo, para advertírselo;

pero, el Presidente, que había ya mordido el freno, y corría *embalé* aguijoneado por los gritos de su bestialidad, que lo espoleaba, no quiso oír nada, y lanzó en forma de coz, un terrible terno al Ministro, que quedó estupefacto.

Coccobolo, continuó en leer la perorata escolar, pero, al llegar a ciertas frases en que se le nombraba por su apelativo, com-

prendió el error, miró despavorido a todos lados, y, se sentó.

Coccobolo, se resignó a ese fracaso, que como todos los suyos, fué declarado un triunfo;

hoy, son correspondencias privadas, y diarios, los que refieren el *triunfo*, virginal de Reyes.

Coccobolo orador, está llamado a sorprender al Mundo Literario.

Quis artifex peril! dijo Nerón al morir;

qué papagayo ha muerto, dirá la Historia, el día feliz, en que Coccobolo, calle para siempre.

FIN

ÍNDICE







